

Selección

TERROR

LAS PIRAÑAS

CURTIS GARLAND

Hailey ha muerto ya. Soy la sombra vengadora. Una vez, la muerte surgió del agua, Stella. De nuevo la Muerte viene con el agua. Es el Terror. El Terror Acuático que va hacia ti. También tu hermoso cuerpo se verá convertido en simples huesos descarnados. Muy pronto. Te retorcerás en el agua mientras eres devorada por el propio monstruo que tú ayudaste a crear. ¡Estás sentenciada sin remedio, Stella! Recuerda una noche de agosto. Recuérdala mientras vivas, que será ya tan poco.



Curtis Garland

Las pirañas

Bolsilibros: Selección Terror - 166

ePub r1.0
xico_weno 25.11.16

Título original: *Las pirañas*
Curtis Garland, 1976
Ilustraciones: Salvador Fabá

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2




SELECCION
TERROR

PRÓLOGO

(DEL REPORTAJE DE MARK SHELDON).

Todo comenzó de un modo insignificante.

Nadie se hubiera imaginado jamás que aquello pudiera llegar tan lejos. Ni alcanzar tan alucinantes límites de horror y de muerte. Y si alguien llegó a pensarlo, no vivió lo suficiente para contarlo a nadie.

Lo cierto es que el principio fue oscuro, casi ignorado por quienes más tarde se verían enfrentados al terrorífico acontecimiento. Quizá porque la primera persona en sufrir sobre ella los efectos del horror no era precisamente famosa, ni tenía a nadie capaz de preocuparse por el modo en que murió.

En apariencia, fue una muerte como cualquier otra. El resultado de un accidente más o menos comprensible, pero que se trató de ocultar por todos los medios, para evitar reacciones histéricas.

Se pensó, quizá con cierta dosis de razón y de lógica, que valía más investigar en silencio, llegar al fondo de la cuestión de un modo minucioso y con rigor, siempre evitando los excesos de publicidad, tan perjudiciales para cierta clase de investigaciones.

Sí. Es posible que las intenciones de quienes así pensaron fueran excelentes, las mejores del mundo. Pero eso no cambió, después, las cosas. Por el contrario, hizo más difícil y también más tardío el esfuerzo común por desterrar la amenaza enloquecedora que se cernía sobre la Humanidad.

Porque cuando los hombres llegaron a saber lo que les acechaba, ya era tarde. Demasiado tarde para detenerlo…

Y yo, que pude haber cambiado el rumbo de los acontecimientos, no lo hice.

Ése fue mi error. Mi grande, mi terrible error…

Pero creo que, en el fondo, fui una víctima más de quienes pensaron que, silenciando lo sucedido un día, al parecer por puro accidente, evitarían un desastre. Lo cierto es que ellos lo provocaron.

Y yo, sin querer, fui su cómplice.

Ahora lo sé. Ahora echó la vista atrás y lamento no haber obrado de otro modo. Pero ya es tarde. Ya no tiene remedio.

Ningún remedio.

* * *

Conocí al profesor Maldonado en mi viaje a Brasil.

Era un hombre afable, cordial y vivaz. Muy inteligente y observador. Estudioso siempre, no se creía aún poseedor de cuanto necesitaba saber para desarrollar su labor científica. Creo que era un hombre ávido de conocimientos. Y que éstos constituían para él la única meta en su vida.

Como miembro fundador de la Asociación de Investigación de América del Centro y del Sur, había obtenido numerosos galardones internacionales, tanto por ensayos y trabajos literarios sobre temas científicos, como por sus propias obras en ese terreno, encaminadas siempre a descubrir nuevos horizontes de la ciencia.

Pero creo que, personalmente, los galardones y menciones honoríficas le tenían perfectamente sin cuidado. Ninguna popularidad o acto mundano le satisfacía realmente. Vivía sólo para su ciencia, y eran sus logros, sus resultados en esa tarea, los que le llenaban de orgullo, de felicidad o de íntima complacencia. Así era el profesor Joao Maldonado, también miembro de la Sociedad Brasileña de Ciencias Biológicas.

Cuando le conocí, estaba muy lejos de pensar lo que más tarde significaría ese paso, en mi vida, y en otras muchas cosas. Si alguien me hubiera dicho lo que iba a suceder sólo unas semanas más tarde, en un lugar tan alejado de las regiones amazónicas donde ahora me hallaba para entrevistar al profesor Maldonado, creo que me hubiera reído a mandíbula batiente, burlándome de quien tal cosa predijera.

Era imposible imaginar un futuro semejante. Y, sin embargo, estaba dando el primer paso para verme inmerso en aquel horror inmediato. Lo di, creo, cuando llamé al apartamento del profesor

Maldonado, y entregué mi tarjeta a su secretaria, la señorita Amanda Lourenzo, una hermosa mestiza brasileña, de rara belleza y voluptuosa figura.

—Soy Mark Sheldon —dije, cortés—. Periodista norteamericano. De la revista *Life and Science*. Estoy citado con el profesor Maldonado para una entrevista…

—¡Oh, sí! —asintió ella, con una sonrisa deslumbrante—. Entre, por favor. El profesor me habló de su visita. Tendrá que esperar unos minutos. El profesor trabaja, ahora, en su gabinete, pero en breve saldrá a atenderle. De todos modos, se ha adelantado usted un poco a la hora prevista…

—Me gusta ser puntual —sonreí—. O llegar antes. Nunca después.

—¿Es una norma americana? —bromeó ella, mientras yo seguía su cimbreante figura de bronce viviente hasta una antesala confortable, con amplias vistas encristaladas que asomaban al hermoso paisaje de Santarem, la pequeña y pintoresca ciudad en la ribera del gigantesco Amazonas.

—No —negué—. Inglesa. Mis padres eran ingleses. Los americanos viven apresuradamente. Pero no siempre son puntuales.

Pareció divertida con mi irónico comentario, y luego se excusó, tras ofrecerme alguna bebida o cigarros, cosas que rechacé. Me dejó solo, con una serie de publicaciones ilustradas, casi todas ellas científicas, como única compañía.

Esperé. Cosa de un cuarto de hora más tarde, el profesor Maldonado me recibía en su gabinete de trabajo, en el apartamento arrendado que poseía en esos momentos en Santarem, virtualmente en los umbrales del Amazonas, preparando su expedición inmediata al interior de las junglas brasileñas.

Me sorprendió la sencillez de aquel gabinete aunque, lógicamente, en un apartamento de tan reducidas dimensiones como el que arrendara, en forma de *bungalow* de una sola planta, aunque con una especie de terraza de madera que servía, a la vez, de embarcadero, en la planta inferior, a nivel del río, no se podían pedir milagros.

Yo, que estaba habituado a entrevistar a grandes hombres de ciencia, en sus complejos y amplios laboratorios o locales de trabajo, me quedé impresionado por la escasez de medios y de

instalaciones en aquel gabinete asomado, como todo el edificio, a la anchura azul y grandiosa del Amazonas. Santarem, la población propiamente dicha, se hacinaba un poco a nuestra derecha, en las márgenes ribereñas, distanciada cosa de media milla de la edificación elegida por el profesor Joao Maldonado, de la Facultad de Ciencias Biológicas de Río de Janeiro, y miembro también del Instituto de Estudios Biológicos y Zoológicos de Sao Paulo.

—Bien venido, mi querido señor Sheldon —me saludó, cordial, estrechando mi mano—. Pase, se lo ruego. Me he retrasado algo en recibirle por causa de mi trabajo. Lo cierto es que estaba totalmente sumergido en él, y ya casi había olvidado que la señorita Lourenzo me anunció su llegada…

—No tiene que disculparse —sonreí, encogiéndome de hombros —. Sé lo que es su trabajo, y sé cómo se lo toma usted, profesor. Lo cierto es que soy yo quien debe presentarle disculpas por venir a molestarle en su tarea, pero mi publicación ha pensado que es mejor publicar, ahora, el reportaje, que esperar a hacerlo cuando regrese usted del interior de la selva amazónica.

—Sí, lo comprendo muy bien —asintió, distraído—. Lo cierto es que me halaga el interés de una revista como Life and Science, por mi humilde tarea de investigador. Pero dudo mucho que lo que actualmente estudio pueda interesar en exceso a sus lectores.

—Lo cierto es que nuestros lectores no siempre buscan lo científico, sino lo espectacular —suspiré—. Resulta lógico, porque la publicación trata de aunar lo periodístico con lo que tiene rigor científico. Quizá ahí radique el éxito de venta, con tiradas de millones de ejemplares… Pero, de todos modos, su labor siempre creo que será apasionante para el público.

—No esté tan seguro —sonrió afablemente—. ¿Cree usted, de veras, que a alguien le puede preocupar la vida de los peces… y su posible influencia futura en la vida del hombre, hasta el punto de constituir, para él, una amenaza mortal?

Fue la primera noticia que tuve. Y me dejó aturdido. Asombrado. E incrédulo también, debo admitirlo. Le miré como si me hubiera contado el último chiste conocido, y éste no tuviera ninguna gracia. Había dejado de sonreír el profesor. Su mirada era seria, su gesto también. Estuve seguro de que no bromeaba.

—Peces… —murmuré—. Un peligro…

—Eso es. Un peligro cercano. Inmediato, quizá.

—Profesor, ¿a qué se refiere? —quise saber.

—Si fuera capaz de explicárselo… —Sacudió la cabeza—. Por desgracia aún es pronto para sacar conclusiones. Ha sido sólo consecuencia de unos estudios, de una serie de informes y de análisis de circunstancias, de hechos sin conexión entre sí… Puede que esté en un tremendo error, y malgaste los fondos de la sociedad en esta tarea. Pero me dejo guiar de mis presentimientos muchas veces, señor Sheldon, aunque no sea un procedimiento demasiado científico ni riguroso. Rara vez me fallan mis corazonadas. Ésta, por desgracia, puede ser una de ellas.

—Sigo sin comprenderle, profesor.

—Lo creo. Le estoy hablando de cosas que ni siquiera se le ha ocurrido pensar. Ni a usted ni a nadie… Sólo se saben ciertas cosas. Que un tiburón, por ejemplo, es voraz y peligroso para el ser humano. Que un pulpo gigantesco o un calamar agresivo, pueden matar a un buceador. Que hay peces capaces de provocar el desvanecimiento y muerte de un submarinista, con una descarga eléctrica. Y que existen peces de una voracidad increíble y estremecedora; capaces de devorar un cuerpo vivo en menos de un minuto, si se reúnen los suficientes individuos de la especie como para atacar y vencer al ser elegido para festín. Las pirañas, por ejemplo…

—Las pirañas… —repetí. Miré al exterior; al gran Amazonas—. Eso tiene algún sentido en estas latitudes, profesor. Las pirañas acostumbran hallarse en este país, en ese río… Pero ¿qué sentido tendrían para el americano medio o para el europeo, distante miles y miles de millas de los bancos de pirañas carnívoras?

—Ninguno, lo sé. Sin embargo, no nos preocupamos de saber que la merluza, un exquisito pescado alimenticio, se alimenta muchas veces de cadáveres sumergidos, de cuerpos humanos en descomposición. Si los peces fuesen valientes, si no temieran al hombre, al intruso en su reino de las profundidades… serían los más terribles enemigos del hombre, no lo dude.

—Quizá. Pero su propio elemento les condiciona y limita: no pueden salir del agua.

—Por supuesto. Ni lo necesitan. Nosotros, sin embargo, entramos en sus dominios. Buscamos alimento, energía, riquezas,

incluso placer y deporte, en el mar o en los ríos, en lagos y en lagunas… Imagine…, imagine que ellos tuvieran conciencia de eso, que *supieran* que, de un modo u otro, nosotros iríamos a su mundo, a su propio ambiente. Les bastaría esperar, agruparse, organizarse… y atacar. Nadie sobreviviría, esté seguro.

Respiró con fuerza, como si todas aquellas teorías fuesen posibles. Sonreí, sacudiendo la cabeza. Hice algunos apuntes en mi bloc. Pero estaba realmente decepcionado. Casi descorazonado.

—No creo que podamos ilustrar debidamente este artículo, profesor —comenté—. A menos que recurramos a las consabidas fotografías en color de cierta clase de peces…

—Espere —me dijo con alguna sequedad, como si se sintiera ofendido por el tono claramente escéptico de mis palabras—. Le daré algo para ilustrar lo que digo. No es un documento corriente. Puede quedarse con la copia. Poseo el negativo, señor Sheldon.

Abrió un armario metálico. Le vi remover unas carpetas o *dossiers* en la letra P. Extrajo algo que me entregó. Era una fotografía de un tamaño aproximado al doble de una postal, en papel mate y en excelente color.

Sentí un escalofrío, y casi escapó la fotografía de mis manos.

Era la visión alucinante de un cuerpo humano, con las ropas desgarradas, el cuerpo a medio comer, el rostro devorado, en parte, en su epidermis, pero aún con un ojo dilatado, sin párpados, lleno evidentemente de vida, y el otro convertido en un colgajo sanguinolento. Por entre jirones de su carne comida, picoteada horriblemente, se veían ya huesos y tendones de su esqueleto, lo mismo que se descubría ya casi un tercio de su calavera, en el cuero cabelludo, los pómulos y la boca descarnada…

En torno a aquel cuerpo, millares de cuerpecillos azulados, de plateado reflejo, se agitaban, haciendo hervir las aguas, en torno al desdichado. La fotografía era tan limpia, tan detallada, que causaba horror su contemplación.

—Cielos… —susurré—. ¿Qué significa…?

—Significa la muerte de un hombre, señor Sheldon. La más horrible muerte que se puede imaginar —suspiró el profesor Maldonado—. Es un banco de pirañas gigantes…

—¡Pirañas! —musité, estremecido.

—Exacto. El festín duró, según parece, menos de cuarenta

segundos. Al final, sólo quedaba un esqueleto pelado, sin el más mínimo vestigio de carne encima…

—Pero…, pero quien hizo esta fotografía… ¡no utilizó teleobjetivo! —señalé su nitidez con un dedo que noté tembloroso—. Pudo…, pudo salvar a la víctima, en vez de fotografiarla, profesor…

—Exacto —me miró fijamente, con ojos ensombrecidos—. Usted ha llegado al punto clave que yo buscaba… Señor Sheldon, la persona que hizo esa fotografía, no sólo pudo salvar a la víctima, sino que NO QUISO hacerlo. En vez de ello, se dedicó a contemplar de cerca, a fotografiar la escena con increíble sangre fría.

—Es… igual que cometer un crimen, profesor.

—Por supuesto. Moralmente, quien permite algo así es culpable de homicidio voluntario. Pero no estamos examinando hechos legales, sino algo de lo que yo no tenía conocimiento. Algo de lo que he sido misteriosamente informado.

—¿Informado? ¿Por quién?

—No sé, señor Sheldon. Vea esto —me entregó algo, junto con la horrible fotografía. Era un sobre de papel manila, con su dirección en Río de Janeiro, escrita a máquina. Y una hoja de papel, con un negativo adherido, también mostraba algo escrito a máquina.

Lo leí, sintiendo que se erizaban mis cabellos en la nuca:

> «La fotografía que adjunto la tomé yo. Fue un experimento. Ya ve usted los resultados. Creo conocerá esta especie de pirañas gigantes del Amazonas. Poseo un banco de ellas en un embalse propio, aislado y cercado. Hace años que las investigo. Desde que mataron a mi esposa y mis dos hijos, devorándolos ante mis ojos sin que yo pudiera evitarlo. Las odio. Y ellas me odian a mí.
>
> »Sí, profesor. Porque acabo de descubrir que mis pirañas son inteligentes. Muy inteligentes. Y algo ocurre con ellas. Algo que me aterra y preocupa. Creo que están empezando a comunicarse de algún modo con sus semejantes del Amazonas y de otros ríos afluentes. Y las pirañas están infestando ya esta región desde hace semanas. Le ruego venga. En Santarem tendrá noticias mías, si acepta visitar el Amazonas en una expedición científica rigurosa. Le aseguro

que no se arrepentirá.

»Creo que los peces empiezan a ser un peligro cierto. Sobre todo, según qué especies de peces. Necesito que lo confirme usted. No falte.

»S».

—Solamente una letra «S» como firma… —objeté—. No es mucho, profesor… Pudo ser, todo, una broma macabra…

—Pudo serlo. Pero debo confirmarlo. Nadie hizo, jamás, una fotografía así. Entre otras cosas, como habrá notado, porque la cámara estaba situada sin duda DEBAJO del agua… ¿Es posible que mi comunicante pueda sumergirse sin ser *atacado*?

—Eso significaría que logró domesticar a las pirañas —señaló, dubitativo.

—Los peces no son fáciles de domesticar. Pero ese hombre pudo hallar algún medio de controlarlos o dominarlos. En cuyo caso… pudo captar ese algo indefinible que le ha asustado. De todos modos, me temo que estemos ante un maníaco o un enfermo mental, obsesionado con los peces, en especial con unos peces tan peligrosos como las pirañas…, pero debo esperar aquí. Y ver si se comunica conmigo, señor Sheldon. Es mi trabajo, y debo saber, de una vez por todas, si realmente los peces voraces, carnívoros, son capaces de comunicarse entre sí, de formar una organización… y constituir un peligro real.

—¿Puedo…, puedo publicar, entonces, esta fotografía? —indagué, curioso.

—Sí, hágalo —suspiró—. Nadie me ha prohibido semejante cosa. Eso hará meditar un poco a sus lectores sobre lo que me ha traído al Amazonas…

—Me gustaría profundizar más en la vida de los peces, si usted está ahora ocupado en su investigación…

—Gustosamente le ayudaré con cuantos datos precise. Pero ahora tengo algo por hacer, y sería preferible vernos mañana de nuevo, a la misma hora. Entonces podrá completar su artículo, señor Sheldon.

No tuve más remedio que aceptar. Fue un error, pero entonces no lo sabía.

Al día siguiente, cuando acudí, el profesor Maldonado y su

secretaria, la exuberante mulata Amanda Lourenzo, se habían ausentado de Santarem definitivamente. El *bungalow* estaba cerrado. Y su arrendatario me entregó un mensaje del profesor, cuando traté de saber lo que sucedía.

Era un mensaje muy breve:

> ««S» ha dado señales de vida, amigo Sheldon. Le ruego perdone. Debo ausentarme inmediatamente. La cosa es más urgente y grave de lo que creí. Nos veremos a mi regreso. Salimos ahora mismo hacia el interior del Amazonas. Si todo va bien, espero ofrecer al mundo una noticia enloquecedora. Pero, cuando menos, habremos llegado a tiempo de evitar algo peor.
>
> »Un saludo afectuoso de su buen amigo,
>
> »Profesor Maldonado.
>
> »P. D. No olvide las pirañas, amigo mío. Ellas son el peligro».

Eso fue todo. Porque el profesor Maldonado jamás volvió de su viaje al interior de la selva amazónica, río arriba. Tampoco su hermosa secretaria regresó. Nadie supo nada de ambos. Ni tampoco del misterioso e inquietante personaje llamado «S».

Yo publiqué mi artículo incompleto, en el Life and Science, pero no tuvo demasiado éxito, exceptuando la prodigiosa y tremenda fotografía del festín de las pirañas. Creo que los científicos lo consideraron trivial y ridículo. Y el gran público no tomó en serio a los peces. Hicieron mal todos ellos. Pero yo no podía convencerles. Ni siquiera di mayor importancia al hecho. Unas semanas más tarde, lo había olvidado casi por completo.

* * *

Debo confesar mi propia culpa por no haber llegado a leer una noticia de agencia, fechada en Nueva Orleáns, cosa de cuatro o cinco meses más tarde.

Ahora sé que esa noticia existió. Y que su texto era tan breve como poco importante para muchos, en una época como la nuestra, en que los sucesos ofrecen víctimas por centenares:

«Nueva Orleáns, Louisiana, 27. En los embarcaderos de la zona sur de esta ciudad han aparecido los esqueletos de dos submarinistas, desaparecidos hace dos días mientras practicaban la pesca submarina en las proximidades del río, en su desembocadura en el golfo de México. Lo sorprendente es que, dada la brevedad del tiempo transcurrido entre su desaparición y su hallazgo —los esqueletos pudieron ser identificados sin lugar a dudas por la dentadura de uno y la lesión de rótula del otro—, no se explica el estado de sus cuerpos, totalmente carentes de tejidos humanos. Una teoría hace suponer que fueron pasto de alguna bandada de peces voraces, aunque jamás se dio un caso semejante en nuestras aguas».

Ésa era la noticia. Yo no la leí. Ni mucha gente lo hizo tampoco. Y, sin embargo…, era el principio.

CAPÍTULO PRIMERO

SANGRE EN EL CLUB NÁUTICO

Hailey Stoddard era socio femenino del Club Náutico de Long Beach, California, desde hacía algún tiempo. Desde antes, incluso, de haber empezado a hacerse una cierta fama con aquella serie de televisión titulada *Bellezas en acción*.

Hailey había sido siempre una excelente deportista, especialmente en deportes náuticos. El mar era su gran pasión. Y cuando éste no estaba demasiado a mano, la piscina suplía a las olas del mar, y su joven cuerpo escultural, aquel mismo cuerpo que ella tan generosamente exhibía en los telefilmes de su serie, junto a las no menos atractivas compañeras de reparto, se sumergía en las limpias aguas azules, muchas veces teñidas para dar más bello efecto.

Hailey Stoddard hizo aquel día las mismas cosas que acostumbraba cuando tenía tiempo, entre rodaje y rodaje, de asistir al Club Náutico. Es decir: practicó la pesca submarina en las cercanías, se deslizó sobre los esquíes acuáticos, condujo una motora y terminó la jornada en el restaurante del club, almorzando, pletórica de sana energía.

Su cuerpo, bronceado, nunca tenía que recurrir a maquillajes, ya que el sol y el aire libre le daban aquella dorada tonalidad, que el color de las películas en televisión jamás era capaz de reproducir en su justo matiz. Pero que hacía un hermoso contraste con el rubio intenso y deslumbrante de su melena.

En suma, aquél fue un día feliz para Hailey Stoddard, aunque su actual amigo, el productor de la serie *Bellezas en acción*, Iván Goldman, no hubiera podido ir a reunirse con ella para el almuerzo, como era su idea. Una llamada desde Pasadena, donde se hallaba

ocupado en la preparación de otra nueva serie, ésta de tipo educativo y cultural para los jóvenes, la avisó de que Goldman no acudiría al Club Náutico, aunque sí la esperaba esa misma noche en Ciro's,
para cenar y bailar.

Por lo tanto, Hailey tenía aún toda la tarde para sí. Y la aprovechó, descansando relajada en una silla extensible, con lectura, bebida fresca y el paisaje del litoral frente a sí, en la terraza del Club Náutico.

Solamente cuando caía la tarde, Hailey resolvió iniciar el regreso. Pero, naturalmente, no sin antes limpiar de salitre su cuerpo, en la piscina del club. No había nadie en la piscina especial, la más profunda y amplia, que era la que ella gustaba de frecuentar, cuando entró en su recinto, pisando, con los pies descalzos, las pequeñas baldosas multicolores que rodeaban la pileta. Ya habían encendido su iluminación azul, bellísima, puesto que la tarde caía con rapidez, y en pocos minutos sería totalmente de noche.

Se cruzó con un empleado que procedía de la pileta, y que la saludó, cortés. Ella le detuvo, formulando una pregunta:

—Por favor, ¿está limpia la piscina?

—Totalmente, señorita —afirmó el empleado, asintiendo con la cabeza—. A estas horas, ya apenas si se utiliza. Puede bañarse en ella con toda comodidad y confianza.

Hailey le dio las gracias, entrando en el recinto y despojándose de su corta bata de tela de toalla, anudada a la cintura. Un cuerpo espléndido, arrogante, de firme pecho, sinuosas caderas y carnosas nalgas, se irguió al borde de la piscina. Un momento después, se lanzaba a las azules aguas iluminadas, en ágil zambullida. Su cuerpo cortó el agua, sumergiéndose como una flecha.

Luego, evolucionó voluptuosamente, igual que si representara un fantástico *ballet* acuático. A su alrededor, la zona de la piscina se iba envolviendo en las sombras de la noche, y brillaban lejanas luces en el Club Náutico y en sus proximidades. Pero nadie había pensado en dar luz a los faroles de la zona de la piscina, y así, solamente el fantasmal resplandor de las aguas iluminadas, prestaba una claridad azulada al lugar.

Límpida como cristal, el agua envolvía el cuerpo de mujer, exuberante y magnífico, apenas cubiertos sus encantos por aquellas

dos minúsculas piezas de su bikini. Hailey Stoddard emergió en la superficie de las aguas de la piscina, complaciéndose en bracear un poco para, después, adoptar una postura lánguida, perezosa, dejándose mecer por el suave vaivén de las aguas luminosas.

De repente, notó el dolor. Incisivo, brutal, súbito.

Lanzó un grito, preguntándose qué podía ser aquello que la hería en el muslo, junto a su nalga, con tan vivo dolor. Asombrada, contempló la sangre, cómo se diluía y elevaba en el agua, formando una mancha roja junto a su piel.

¡Tenía una herida de casi tres centímetros en el muslo!

Y sangraba abundantemente…

Era imposible herirse con nada, flotando en la piscina, lejos de todo posible cuerpo duro o con aristas.

Miró, sobresaltada, a las aguas. Le había parecido captar algo, un reflejo más azul, como de alguna cosa en movimiento, allá, bajo su cuerpo. Giró, en una evolución rápida, sumergiéndose en busca de aquella sensación de cosa viva en las aguas.

De repente, lo vio. Vio *aquello* y desorbitó sus ojos, atónitos y horrorizados. Otro desgarro súbito, en su costado, dejó fluir más sangre, espesa y roja, dibujando extraños arabescos en el agua.

Rápida, con un horror desconocido atenazando sus músculos, sus nervios y hasta sus sentidos, trató de elevarse con rapidez, de emerger, de acercarse a la orilla de la piscina, demasiado lejana ahora. Maldijo haber escogido aquella piscina tan amplia, tan profunda… Costaba tiempo llegar a la superficie. Y más aún, alcanzar el borde… Un tiempo en el que nunca pensó, que hasta ahora jamás tuvo la menor importancia.

El revoloteo en el agua, alrededor suyo, pareció, de pronto, un hervor. Un alarido escapó de labios de Hailey, cuando logró emerger su cabeza fuera del agua, y braceó desesperadamente hacia la orilla.

En dos, en cinco, en diez lugares de su cuerpo, *algo* penetraba, chirriante, mordiendo la carne, arrancando vorazmente trozos de su cuerpo, entre nubarrones crecientes de sangre mezclada con el agua.

Su intento de nadar era inútil. Alrededor suyo bullía el agua, agitada por cuerpos furibundos, increíbles… Una masa resbaladiza, húmeda, se agolpaba sobre ella, rozaba su cuerpo con un contacto

huidizo y viscoso… Agudas púas como de acero penetraban en su carne, desgarrándola. Su pecho chorreaba sangre ahora, entre jirones del bikini desgarrado. Amplias zonas de su cuerpo ya no existían. Eran como boquetes, vomitando sangre. Su cuerpo volteó, entre horripilantes alaridos de dolor y de angustia. La carne era arrancada brutalmente de su cuerpo por mordeduras espantosas y torturantes. Ya toda la piscina era roja. Rojas aguas en torno a un cuerpo de mujer que pretendía, desesperadamente, llegar a alguna parte, alcanzar suelo firme, aferrarse a un punto sólido que no encontraba.

Su cuerpo se hundió en el agua, lacerado y maltrecho. Inmediatamente, notó que su rostro era atacado. Sus ojos… *¡sus ojos!*… sufrieron el ataque masivo. Un espasmo, un gorgoteo siniestro, brotó de sus labios, cuando los párpados fueron rotos, cuando los globos oculares saltaron, absorbidos por el horror. Y así nariz, orejas, boca… Una hermosa mujer, triturada, desmembrada, *devorada* por algo turbulento que formaba burbujas y un caos de movimientos y aleteos en torno a ella…

El horror duró un minuto. Tal vez dos.

Al final, lentamente, las aguas se remansaron. La piscina sangrienta se quedó quieta. Y allá, entre sus aguas, fue visible una forma atroz, sumergiéndose pausadamente. Un cuerpo sin vida, de espantosa apariencia…

Porque era solamente… un esqueleto. El esqueleto de la que fuera una hermosa mujer. Un esqueleto con su cuero cabelludo, con su rubia melena ondeando, con jirones de tela de un bikini sobre sus huesos limpios, pelados, siniestramente descarnados…

* * *

—Un simple esqueleto… No, no es posible.

—Evidentemente, lo es, capitán Harris. El esqueleto de la que fue una hermosa mujer. La identificación parece positiva.

—¡Dios mío…! —El capitán Stuart Harris, de la División de Homicidios de la policía de Los Ángeles, se frotó el mentón, contemplando pensativo la forma envuelta en una manta, junto a la piscina todavía roja, siniestramente teñida por la sangre que brotó tumultuosa de un cuerpo devorado en escaso tiempo—. ¿No existe la posibilidad de que la señorita Stoddard desapareciese de aquí, y

alguien dejara, en su lugar, un esqueleto, como macabro juego?

—Ni la más mínima, capitán —negó el médico forense, sacudiendo la cabeza—. Ese esqueleto es reciente. Fue despojado hasta del último vestigio de carne, no hace aún tres horas. Los restos del bikini han sido identificados por los empleados del Club Náutico como el perteneciente a Hailey Stoddard, socio de este club. Los cabellos parecen ser los de ella, tal como los he visto por televisión. Y el anillo de oro y el reloj sumergible que reposaban en el fondo de la piscina, tienen claramente grabadas sus iniciales: H. S. Por si fuera poco, el gerente del club acaba de informarnos de que en una ocasión, Hailey Stoddard sufrió la fractura de su tobillo derecho, en un choque de canoas a motor. Esa fractura es bien visible en el esqueleto, capitán.

Siguió un profundo silencio mientras el forense suspiraba, cerrando su maletín, y disponiéndose a marchar. Alrededor de la piscina, algunos expertos de la policía tomaban huellas y fotografías con *flash*. El capitán Harris paseó en torno al agua rojiza, contemplándola fijamente, sin saber a ciencia cierta qué pensar.

Un experto alzó la cabeza, mirándole. Estaba examinando con luz infrarroja y unas gafas especiales, el fondo de la piscina. Meneó la cabeza, negativo.

—No veo nada. No hay más que agua. Ni un animal, ni un cuerpo extraño, capitán —dijo.

Harris frunció el ceño. Estudió el agua sangrienta.

—¿Es agua de mar? —preguntó.

—No, señor. Es agua dulce, no salada. Hay dos piscinas de agua salada a poca distancia de aquí.

—De modo que un tiburón no podría haber sido lanzado a esta piscina.

—¿Un tiburón? —El experto se encogió de hombros—. La tintorera o la barracuda son la especie de tiburón que hubiera podido ser manejable en este caso, pero esos peces destrozan también el esqueleto, arrancan miembros completos, a bocados. Esto…, esto parece muy diferente.

—Sí, lo imagino —admitió, sordamente, el policía—. De todos modos, ¿cómo sacarían de este club un monstruo así? ¿Y cómo lo introducirían sin que nadie lo advirtiese? No tiene sentido alguno, olvídelo.

—No dijo usted ninguna tontería, capitán —replicó el experto, quitándose sus gafas especiales, y apagando la lámpara infrarroja—. Tuvo que ser algo así.

Harris le miró, muy fijo.

—¿Qué quiere decir? —Se inquietó.

—Que fue preciso traer algún monstruo hasta aquí, lanzarlo a las aguas… y recogerlo después, de alguna forma, una vez devorada la víctima. Sólo así se explica lo ocurrido.

—¿Está seguro de que eso sí tiene sentido? —dudó el oficial de Homicidios.

—Es lo único razonable, a fin de cuentas. Disparatado, lo sé. Aparentemente absurdo, pero… ¿qué otra cosa pudo suceder?

—Tal vez… un ácido —sugirió, bruscamente, Harris.

—Es lo primero que pensé. He tocado el agua. No posee ácido alguno. Y no se ha renovado aún, desde que se tiñó con la sangre de ella. Recuerde que no se utilizaba mucho esta piscina, ya de noche, y la señorita Stoddard era la única bañista que vino por aquí. Nadie pensó en hacer funcionar el sistema de renovación. Los conductos de agua y los de cloro y desinfectante, están cerrados, ahora. Y así debieron estar durante todo el suceso. De todos modos, analizaremos el agua, por si se halla alguna sustancia corrosiva que luego pudiera volatilizarse, pero dudo que exista ese compuesto químico.

—Es un asunto enloquecedor —se lamentó Harris, meneando la cabeza con disgusto—. Y me tenía que suceder precisamente a mí… ¡Diablos!, si alguien pensó en dar de comer a un monstruo…, ¿por qué, precisamente, tuvo que ser Hailey Stoddard la víctima? Una muchacha tan atractiva, tan…, tan llamativa… Recuerdo que en el último programa que vi de ella, la semana pasada, luchaba contra un pulpo gigante, en las profundidades… y se quedaba casi sin ropa. Pero vencía al pulpo.

—Era sólo una película, capitán —sonrió el experto, incorporándose—. Esta vez, no pudo vencer. Las *Bellezas en acción* han sufrido una sensible baja. Me pregunto qué pensarán de esto las otras cuatro chicas de esa serie…

* * *

Melissa Hunter era una de las cuatro chicas. Y estaba

horrorizada.

Fumó nerviosamente, con mano temblorosa, mientras era informada de lo sucedido por el capitán Harris, de Homicidios.

—¡Dios…! —La oyó jadear, entre bocanadas de humo—. Eso no puede haber ocurrido, capitán…

—Me gustaría que fuera así, señorita Hunter —murmuró el policía, con aire cansado—. Pero, por desgracia, acabo de salir ahora del depósito de cadáveres, donde reposa el…, el cuerpo de su compañera. Es decir, lo que queda de su cuerpo.

—Pero…, pero imagino que eso tendrá una explicación, un cierto sentido… —Los ojos azules de Melissa Hunter se clavaron en él, dilatados. Su rostro, bajo la cabellera roja, era una bonita máscara de palidez y terror.

—¿Qué sentido ni explicación quiere usted que tenga? —Se encogió de hombros, el policía—. Nadie se mete en una piscina para quitarse el sodio de la piel, tras un día de practicar deportes náuticos, para quedar convertido en un simple esqueleto…

—Por favor… —Bajó la cabeza, cerró los ojos la pelirroja muchacha, y el policía captó la crispación violenta de sus mandíbulas—. ¿Lo…, lo saben ya las demás? Me refiero a…, a Karin, a Vivian, a Stella…

—Iré a ver a todas ellas, no lo dude. Pero alguna se enterará, quizás con antelación. La televisión y la radio, transmiten la noticia. Después de todo, ustedes son populares. Su programa tiene mucha audiencia en California. Ahora, desgraciadamente, sólo quedarán cuatro heroínas… o tendrán que contratar a una nueva.

—El programa… —Melissa hizo un gesto de indiferencia—. ¿Quién piensa, ahora, en ello? ¡Oh!, por cierto… Goldman, Iván Goldman es nuestro productor… Era muy amigo de Hailey… Siempre fue su protector, ¿comprende?

—Comprendo. Será informado, como todos.

—Va a ser un golpe terrible para él —suspiró Melissa—. Creo que pensaba casarse con ella por fin. Iba a darle la sorpresa un día de éstos; me lo dijo él mismo, confidencialmente. Para Hailey, hubiera supuesto ser la esposa de un productor rico, y no demasiado viejo ni demasiado mal parecido. Algo así como el sueño de todas las Cenicientas que venimos a Hollywood, capitán. Y ahora, la pobre Hailey…

Alcanzó el límite de su resistencia. Estalló en sollozos. El capitán se puso en pie, sin interrumpirla. Era mejor así. Comprendía muy bien la reacción de la joven actriz de televisión. Se dedicó a pasear por el gabinete, cuyas puertas-balcones asomaban a un pequeño y bien cuidado jardín, cuyo fondo estaba formado por una bella panorámica de Beverly Hills, salpicado por millares de luces en la noche.

El teléfono de color rojo situado sobre una mesita empezó a sonar, de pronto. El capitán miró a la joven que, dejando de sollozar, se incorporó, anticipándose al oficial de policía, y descolgó el aparato.

—¿Dígame? —preguntó. Y tras una pausa, asintió, mirando acongojada al policía—. Sí, señor Goldman… Un momento. Hay…, hay alguien que se lo explicará mejor que yo…

Y con un sollozo, tendió el teléfono a Harris, añadiendo con voz rota:

—Es Iván Goldman, nuestro productor… Quiere saber por qué no ha acudido Hailey a la cita con él, en
Ciro's…

—Sí, entiendo, gracias —Harris tomó el aparato y habló—: Señor Goldman, soy el capitán Harris, de la policía.

—¿Policía? —Una voz alterada, enérgica y firme, sonó al otro extremo del hilo—. ¿Qué quiere decir? ¿Es que le ocurre algo a la señorita Hunter?

—No, a la señorita Hunter no le sucede nada. Sólo estoy de visita en su casa. Es…, es a la señorita Stoddard a quien sí le ocurre algo, señor Goldman.

—¿A Hailey? ¡Cielos, no me alarme! ¿Qué ha hecho? ¿Algo ilegal, tal vez? Dígame dónde está ella, y lo que puedo hacer por…

—Un momento, señor Goldman. Prométame que no verá ningún programa de televisión esta noche, ni escuchará las noticias por radio, hasta que yo hable con usted.

—¿Pero qué está usted diciendo…?

—Prométamelo, se lo ruego. Y dígame dónde puedo verle, lo antes posible. Es algo que vale más explicar personalmente, créame. Pero hágase a la idea de que no es nada agradable. Ni nada que usted pueda hacer algo para resolverlo. Ni usted… ni nadie.

—¿Le…, le ha sucedido algo a Hailey, capitán? —insistió él, con

tono angustiado.

—Sí. Le ha sucedido algo —afirmó el oficial—. Voy en su busca, señor Goldman.

—Estoy…, estoy en

Ciro's,

No me moveré de aquí… ¡Pero necesito saber qué es lo que…!

—Lo sabrá, señor Goldman. Lo sabrá… antes de media hora. Estoy ahí, enseguida.

Colgó. Se quedó mirando a Melissa Hunter. Luego, estudió las fotografías *sexy* de la joven pelirroja, salpicando las paredes del gabinete. Tenía un cuerpo impresionante. Como todas las chicas del programa de Goldman.

—Debo ver a ese hombre, ahora —dijo el policía—. Pero me gustaría saber, antes de irme de aquí, si usted podría ayudarme en esta investigación.

—¿Ayudarle? —Le miró ella, asombrada—. ¿En qué, capitán?

—No sé… En cualquier cosa que me permita ver claro. Esa muerte en la piscina… devorada por *algo* o por *alguien*… en un líquido elemento donde no había ácido ni producto corrosivo alguno…, no tiene sentido. ¿Qué es lo que pudo destruirla? Y, sobre todo…, ¿por qué?

—Creí que era usted quien tenía ya alguna de esas respuestas… —musitó ella.

—Por desgracia, no tengo ninguna. Pero hemos de admitir que no pudo deberse a accidente alguno. Tuvo que ser introducido algo en esa piscina. Un monstruo capaz de *devorar* a un ser humano en pocos minutos. Y capaz de entrar y salir de allí, sin ser visto por nadie… Algo casi de pesadilla, ¿no cree? En resumen, señorita Hunter, ¿tenía algún enemigo su compañera? ¿Había alguien capaz de…, de desear su muerte?

—¡Cielos, no! Claro que no —mostróse horrorizada Melissa Hunter—. Y menos aún… de ese modo tan terrible… ¿Qué clase de monstruo podría aniquilar así a un ser humano, capitán? Las bestias de cierto tipo sólo se dan en el cine, en películas catastróficas, imagino… Aquí no puede haber tiburones gigantes, ni marabunta…

—No, supongo que no. Además, era agua dulce. No hay conducto con el mar, en absoluto, para justificar un accidente. Ni ningún escualo podría entrar por los conductos de renovación de

agua y desinfectantes. Son demasiado estrechos. Sin embargo…, alguien redujo a simples huesos a una mujer hermosa y exuberante. Alguien que estuvo en esa piscina… y luego se evaporó sin dejar rastro… ¿Seguro que no ve razón alguna para que Hailey Stoddard corriese peligro?

—Ni la más mínima. Es una teoría absurda. Hailey era una gran chica. Y ni siquiera tenía amores ni problemas sentimentales. Sólo con Goldman, y ya sabe lo que él pensaba hacer… Tendrá que buscar por otro lado para encontrar explicación a esto, capitán Harris.

—Sí, me imagino que sí, pero… ¿por dónde? —Murmuró tristemente el policía, encaminándose a la salida del *bungalow* de la pelirroja *estrella* de televisión, tras un gesto de despedida—. Es la primera vez en mi vida que me encuentro con un asesino fantasma, capaz de devorar totalmente a su víctima…

CAPÍTULO II

(DEL REPORTAJE DE MARK SHELDON II).

Cuando leí la noticia en los periódicos, no la relacioné en absoluto con nada que me fuera conocido. En realidad, primero pensé en un estúpido asunto publicitario, quizá porque conozco Hollywood y sé de lo que son capaces los avispados publicistas y productores de esa casa de locos.

Conocía muy superficialmente a Hailey Stoddard, la actriz de los Estudios Continental-TV. Nunca fue una buena actriz ni creo que lo pretendiera. Era bonita, tenía un cuerpo capaz de enloquecer a cualquiera y Goldman, un productor astuto, lo aprovechaba. Su serie de telefilmes en color titulada *Bellezas en acción* era un producto comercial, sin nada realmente artístico dentro de sí. Pero poseía a cinco preciosidades que no dudaban en desvestirse con cualquier excusa, mientras repartían golpes a diestro y siniestro, y combatían a los más extraños enemigos de la ley y de la sociedad.

Luego, con más calma, fui enterándome de detalles, y supe que el sorprendente suceso era real, y no una invención del delirante Hollywood. El funeral e inhumación de los restos de la *starlett* de la melena rubia y el seno desarrollado, fue un acontecimiento, más por los hechos en sí, que por la personalidad de la difunta. Además, Goldman acababa de confesar, ante las cámaras de la televisión, con un rostro demudado que yo no le creía capaz de adoptar, que Hailey hubiera sido su esposa semanas más tarde, de no suceder tan terrible catástrofe.

Estuvieron presentes en ese funeral sus cuatro inseparables compañeras de serial, Melissa Hunter, Karin Taylor, Vivian Davies y Stella Conrad, así como el propio Iván Goldman y lo que pudiéramos llamar *el todo Hollywood*.

Yo asistí por simple curiosidad informativa, aunque ése no era mi tema preferido. Desde que había dejado de colaborar en el terreno puramente científico de *Life and Science*, para ocuparme más de lo internacional, ya fuese político, deportivo, espectacular o simplemente de actualidad, en mi página de esa publicación, titulada «Hoy, en el Mundo», hasta lo más trivial y mundano podía ser motivo de un reportaje.

Y por entonces, naturalmente, yo pensaba que la muerte de una rubia *starlett*, cuyo arte interpretativo no va a competir, ciertamente, con el de la Garbo o la Bergman, pero cuyo físico ofrece unas medidas anatómicas impresionantes; repito que yo pensaba que todo eso era trivial y mundano. El único detalle inquietante del asunto, era el modo en que había encontrado la muerte. Pero sobre ese tema, circulaban las más diversas y fantásticas explicaciones, desde la existencia de algún gas corrosivo, posiblemente un arma bacteriológica, experimentada por nuestro país o cualquier otro, y que había sido manipulado imprudentemente, produciéndose un escape del mismo, hasta la posibilidad de que un error químico hubiera provocado la mezcla de algo corrosivo con el agua, diluyéndose luego sin dejar rastro, tras la desintegración de la carne de Hailey Stoddard. Pasando, naturalmente, por alguna misteriosa plaga voladora, y por un loco asesino que poseería una barracuda amaestrada, capaz de descarnar un cuerpo en pocos minutos, o hasta por un monstruo digno de un relato de terror, un necrófago o incluso un caníbal surgido siniestramente de ultratumba.

La policía no se pronunciaba. El misterio seguía en pie, aun después de ser inhumada la infortunada Hailey Stoddard en el cementerio de Burbank.

A la salida de los funerales, me encontré con Saddie Lane.

* * *

Saddie Lane no era una *starlett*. Pero merecía serlo.

Poseía todos los atributos físicos para ello, e incluso había empezado su carrera en Hollywood con algo parecido, posando para calendarios, magazines frívolos y hasta *spots* de televisión para la publicidad.

Ésa fue toda su carrera artística. Posteriormente, se introdujo de

verdad en el mundo de la televisión, en los Estudios Continental-TV…, pero como *script* y colaboradora de ambientación con determinados guionistas y realizadores. Era un trabajo inteligente y eficaz que ella realizaba gustosa, rechazando cualquier oferta encaminada a exhibir sus atractivos físicos ante las cámaras.

Nos conocíamos desde hacía algún tiempo, aunque no nos veíamos demasiado a menudo. Me sorprendió sentirme cogido por un brazo, mientras una voz suave me decía junto al oído:

—¿Desde cuándo el periodista de la ciencia se preocupa por el mundillo artístico de esta ciudad?

Me volví, mientras sonaba una breve risa, y me encontré frente a Saddie Lane.

—Vaya, si eres tú… —La estudié, sorprendido—. Cada día más bonita… ¿Vas a suplir a Hailey Stoddard en la serie *Bellezas en acción*?

—¡Oh, no digas esas cosas…! —Se puso repentinamente seria—. Pobre Hailey… No, no trabajo nunca ante las cámaras, sino detrás de ellas, Mark. Estoy colaborando precisamente con Goldman y con su guionista, Harry Lawrence, en las nuevas películas de esa serie… Ahora tendremos que rectificarlo casi todo. Goldman no quiere suplir a Hailey. Se quedarán sólo las otras cuatro intérpretes… Es posible que Melissa haga el papel principal ahora. Pero no se sabe nada concreto aún. ¿De veras te interesa el mundo de la televisión, Mark?

—Me interesan los sucesos extraordinarios. La muerte de Hailey lo es. ¿O no?

—Hay que reconocer que sí… —admitió sombríamente Saddie, pestañeando sus bonitos ojos pardos, profundos y vivaces. Se echó atrás el mechón rebelde, de pelo castaño, que barría su frente. El bonito rostro se encaró con el mío cuando añadió—: Nadie sabe lo que sucedió esa noche en el Club Náutico, Mark.

—Lo sé. Encontraron la piscina llena de sangre, y un esqueleto flotando en las aguas… Se dedujo que hacía casi una hora que ocurriera todo, cuando un empleado dio con ellos. No tiene sentido, Saddie. Es más fantástico que cualquier guión de vuestra productora.

—Si al menos hubiera una explicación posible, Mark… Pero ni siquiera existía un enemigo, alguien que quisiera mal a Hailey.

Incluso en su trabajo, se limitaba a su tarea, sin crearse enemistades. Fue la única del grupo de intérpretes de esa serie que jamás tuvo un roce profesional, o de cualquier otro tipo, con sus compañeras.

—Parece, de todos modos, una forma de muerte fuera de la voluntad humana —comenté, pensativo, echando a andar junto a Saddie, camino del cercano aparcamiento de automóviles—. Aunque el inductor del hecho pudiera ser una persona, la ejecución del acto, la muerte en sí… es de otra naturaleza. Como uno de los azotes bíblicos, diría yo.

—Pero no estamos en Palestina, sino en Hollywood, en 1975 —me recordó Saddie, con gesto preocupado—. Hay que buscarle alguna explicación más concreta y tangible que la de atribuírselo a una plaga bíblica simplemente, ¿no te parece?

—¡Oh, claro! —admití, asintiendo—. Era sólo un modo de expresarme, no una teoría. Si tuviera que definir el modo en que murió o fue muerta Hailey Stoddard, me inclinaría por el de una muerte *científica*.

—¿Científica? —ella me contempló, sorprendida—. ¿Crees en esa historia del gas corrosivo o del ácido misterioso que se volatiliza sin dejar residuos? ¿O por un moderno monstruo de Frankenstein, devorador de carne humana?

—No, no es eso —rechacé vivamente. Me toqué la frente con un golpe de mi mano—. Es…, es como si se tratara de algo que me pasa por la mente, pero que no logro centrarlo… Hace un instante tuve una idea, algo que cruzó mi cabeza y, sin embargo, no he llegado a aprehenderlo. Se fue el chispazo, y no logro siquiera recordar qué fue. A veces ocurren cosas así. Es posible que tarde mucho en volver a localizar ese algo, Saddie.

—Yo te confieso que no tengo idea alguna. Una piscina, en Hollywood, me parece la cosa más inofensiva del mundo. Y, sin embargo… ya has visto, Mark.

Asentí, pensativo. Hubiera dado algo por volver a pensar en aquello fugaz que cruzó mi mente por una décima de segundo, sin que llegase siquiera a saber lo que fue, de un modo al menos consciente. Quizá ni siquiera tenía nada que ver con la realidad, con la posible explicación del siniestro asunto, pero…

—¿Vas a alguna parte ahora, Saddie? —quise saber.

—Sí. A los Estudios —suspiró—. El trabajo y la vida siguen, aunque hayamos enterrado el esqueleto de una pobre chica misteriosamente destruida… Tengo cosas que hacer en mi despacho y en la guardarropía del Estudio, para un nuevo programa cultural-recreativo del mismo productor de la serie: *Bellezas en acción*.

—¡Oh, sí! Iván Goldman —miré de soslayo hacia el lugar donde se hallaba el famoso productor de televisión. Ese día vestía de oscuro, y su rostro tenía una rara crispación, un aire triste y apesadumbrado. Sus ojos se ocultaban tras unas negras gafas, acaso para esconder su emoción—. Era el protector de Hailey Stoddard. Pero iba a casarse con ella.

—Lo sé. ¡Pobre Hailey…! Debió ser tan horrible su final; fuese cual fuere la causa…

Alcanzamos el *parking*. Ofrecí mi coche a Saddie.

—Si quieres, puedo llevarte. No tengo nada especial que hacer. Tu coche, puedes enviar luego a recogerlo. Me gustaría charlar un rato contigo, Saddie.

—Sí, también a mí —sonrió, distraída—. Vamos allá, Mark. Prefiero no encontrarme sola un día como hoy. Habitualmente, me reúno con Melissa, con Karin, Vivian o Stella. Como me reunía con Hailey. Pero supongo que ninguna estará hoy para charlas…

Subimos al coche. Lo puse en marcha. La miré de soslayo, cuando dejamos el *parking* y las proximidades del pequeño cementerio de Burbank, enfilando hacia Hollywood.

—De modo que conocías bien a Hailey… —comenté.

—Sí, claro. Desde antes de ser figura en la Continental. ¿Tú no? Creí que siempre te gustaron las *starletts*. ¡Al menos, tu amistad conmigo data de cuando yo lo era…!

—Tú eras diferente, Saddie. Tenías inteligencia. Y clase. La mayoría de ellas, no. Ignoro si Hailey sería otra clase de chica, pero nunca sentí debilidad por las bonitas y huecas cabecitas de las artistas del cine o la televisión. Lo que me interesa ahora de Hailey es saber si, realmente, pudo tener enemigos, alguien que deseara su muerte…, incluso de ésa forma tan horrible y fantástica.

—No, no puede existir nadie capaz de eso. Además, Hailey no podía tener enemigos. Su trabajo era ponerse ante las cámaras y actuar mejor o peor. No tenía líos amorosos ni romances de ningún tipo, salvo su relación con Iván Goldman.

—Y esa relación…, ¿era realmente tan profunda y emotiva como parece?

—Evidentemente, sí. Goldman estaba loco por Hailey. No la hubiera causado daño alguno, puedes estar seguro de ello. No sólo eso, sino que realmente está destrozado por lo ocurrido.

—A veces, hay hombres que fingen bien; idilios que no van tan perfectamente como parece. No estoy tratando de sugerir nada, pero alguien tuvo que intervenir en esto, si hubo una mano criminal intencionada. Me gustaría saber quién…

—¿No crees que es cuestión de la policía y no de la Prensa?

—Tal vez. Pero hay cosas que me preocupan y me inquietan. Ésta es una de ellas. Todo lo que no entiendo, me alarma. Y prefiero averiguar qué es. Quizá sea a causa de mis anteriores trabajos para la sección científica de mi publicación…

—Sí, tal vez sea eso. —Saddie movió la cabeza de un lado a otro —. De todos modos…, no creo que ni tú ni yo podamos descubrir la verdad.

—No, posiblemente no —admití, al fin, acelerando la marcha por la carretera sin apenas circulación. Luego, añadí, contemplando en la distancia los edificios de Hollywood—: Creo que tomaré algo en la cafetería de los estudios. Todavía no he almorzado.

—Te acompañaré —prometió Saddie, acomodándose mejor junto a mí.

* * *

No había apenas nadie en la cafetería-restaurante de los Estudios Continental-TV. Saddie y yo almorzamos frugalmente, encaminándonos, luego, por el absurdo e incongruente mundo de los decorados, calles ficticias, lagos artificiales, maquetas y plantas de plástico, que formaban los sets de rodaje de la productora.

—Sigues pensativo, Mark —dijo ella, de pronto, mirándome, y deteniéndose en medio de un pequeño pueblo del Oeste, entre el *saloon* y los establos.

—Sí —admití, removiendo el agua turbia de un abrevadero para los caballos del filme del Oeste que pudiera rodarse allí en cualquier momento, con un gesto mecánico de mi mano—. Sigo pensativo.

—¿Hailey, todavía?

—Todavía ella —asentí—. No logro apartarlo de mi mente. Me

pregunto…

—¿Qué?

—No, nada —hice un ademán de indecisión—. Se me ocurren tantas cosas diferentes… Lo cierto es que no logro entender cosa alguna. Si hubiera sucedido en el mar, en un río, en un lugar donde cualquier clase de animal rapaz, anfibio, acuático o terrestre, pudiera atacar, devorar así… Pero en una piscina, sin dejar rastro alguno, sin orificios de entrada o salida que tuvieran el paso franco… ¡Cielos, no!; no puedo entender nada. Es como si el diablo se hubiera hecho presente en este lugar…

—¿Crees en una explicación sobrenatural, tal vez? —me sugirió ella.

—No, no puedo creerlo. No admito algo así. Yo no creo en monstruos de otro mundo, ni en hechos fuera de lo real, Saddie. Solamente puedo creer en aquello que me rodea y en lo que tiene una lógica, un fundamento.

—Creí que un periodista como tú, era capaz de poseer más dosis de fantasía.

—Me gusta la fantasía. Pero me cuesta trabajo aplicarla a un hecho como éste. Admito que sea fantástico, pero no con la irrealidad que yo entiendo por ajena a nuestro mundo.

Seguimos caminando. Saddie entró en el edificio de oficinas de los Estudios Continental-TV. Había poca gente en las oficinas, y absolutamente nadie en su sección. La contemplé, mientras recogía una serie de carpetas con apuntes y folios mecanografiados, de su mesa de trabajo.

—Ésta es mi propia fantasía —explicó, con un suspiro—. Un mundo donde nada es real, donde se crean vidas, personajes y mundos en celuloide o en cinta magnética para el video… Hay en este mundo infinidad de trucos. Sin embargo, dudo que ninguno de ellos fuese capaz de convertir un cuerpo humano lleno de vida en…, en un simple esqueleto, posiblemente en cuestión de minutos.

—La muerte de Hailey no es un truco cinematográfico —admití, sentándome en el borde de su mesa de trabajo—. Pero todavía me estoy preguntado qué es…

Saddie ordenó sus papeles. Luego, se sentó ante la máquina de escribir, y revisó una serie de fotografías de rodaje, que ordenó también metódicamente. Me miró por encima de la máquina. Movió

la cabeza, con aire risueño.

—Si quieres hacer algo mientras arreglo esto un poco, hojea esos guiones o revisa esas fotografías. Así sabrás algo sobre los programas de televisión que verás algún día. No todo el mundo tiene ese raro privilegio y… ¡Oh, tonta de mí! Olvidaba recoger las llamadas grabadas en el contestador automático del teléfono… Acostumbro a dejarlo conectado cuando estoy fuera. En este mundo de locos, nunca se sabe quién te necesita con urgencia. Se acostumbra a hacer todo, de repente, después de haber perdido semanas sin hacer nada.

Le hice un gesto, indicándole que podía encargarse de todo sin preocuparse de mí. Ella comenzó a reproducir las grabaciones de llamadas registradas en su ausencia. La mayoría eran mensajes sin importancia. Otros, colgaban sin dejar encargo alguno.

Súbitamente, la voz femenina llegó, nítida, hasta nosotros:

—«¡Saddie! Saddie, escucha: soy yo, Stella… Stella Conrad, ya sabes… Saddie, ocurre algo… Sé que no estás ahí, pero tal vez vuelvas pronto y escuches esta grabación… No he encontrado a nadie conocido en casa… No confío en nadie… Saddie, *ahora lo sé*… Ahora sé que asesinaron a la pobre Hailey… Acabo de regresar del cementerio, y sé que la mataron. No fue un accidente. No fue un hecho casual. *Fue un crimen*. Un crimen horrible. La peor de las muertes imaginables, Saddie… Tengo miedo. Mucho *miedo*. ¡Saddie, no sé si llamar a la policía, pero se reirían de mí! No sé… Tal vez lo haga, después de todo… Estoy tan asustada… Saddie, he recibido un mensaje… Un aviso… Lo tengo aquí. No lo he podido entender, en principio. Pero…, pero creo que empiezo a recordar y… ¡Oh, Saddie, necesito *ayuda*! Urgente ayuda, querida amiga mía… Si todo es como imagino…, ¡estoy sentenciada *también*, lo mismo que Hailey! La muerte…, la muerte puede estar aquí, cerca de mí…».

Hubo un silencio, una pausa en la grabación telefónica. Saddie y yo nos miramos. De repente, ella había palidecido. No pude evitar un estremecimiento.

Luego, la voz de Stella Conrad volvió a sonar en la estancia, como algo increíble, como el anuncio mismo de una pesadilla:

—«Saddie… Saddie, por favor… Siempre hemos sido buenas amigas. Se me ocurrió pensar en ti en estos momentos. Busca ayuda, ven a verme… El mensaje…, el mensaje de muerte es

terrible. ¡Hay *alguien* que quiere vengarse! ¡Alguien que me ha escrito! El agua, Saddie… El agua es el gran peligro. El terror…, el terror acuático… La Muerte, para mí… en breve. Tal vez…, tal vez *hoy* mismo…».

Terminó el mensaje. Saddie, incapaz de hablar, escuchaba atentamente aquella llamada registrada en su teléfono, sin pasar a creerlo. No separaba sus ojos de mí. Ni yo de ella.

Solamente, tras varios segundos de absoluto silencio, fui capaz de murmurar algo:

—¿Cuándo…, cuándo se registró esa llamada, Saddie?

Ella comprobó el llamador automático. Me miró, inquieta.

—A…, a las dos de la tarde… —musitó—. Faltaban sólo dos minutos para esa hora…

Miré mi reloj con celeridad. Las cuatro y diez. Más de dos horas. Podía ser mucho. Demasiado tiempo. Me precipité sobre el teléfono. Inquirí de ella:

—¿Conoces el número de Stella Conrad?

Saddie asintió. Buscó con rapidez y me lo dio. Marqué las cifras. Esperé. En vano. Nadie contestó. Repetí la llamada, por si acaso había un error en alguna cifra. Igual resultado. No hubo respuesta.

Colgué, dubitativo. Saddie se mordía una uña, en tensión. Iba a decir yo algo, cuando ella debió adivinar mis pensamientos y se me anticipó:

—Stella es algo histérica —me dijo—. A veces, acostumbra drogarse. Tal vez sea todo producto de una crisis…

—Tal vez —admití—. No podemos correr el riesgo de avisar a la policía por una estupidez. Ella debió hacerlo, en todo caso. Pero vamos a ir a ver a Stella Conrad. Al menos, voy a ir yo, ahora mismo.

—Y yo contigo, Mark —se apresuró a decirme ella, incorporándose de un salto.

Capítulo III

MUERTE VORAZ

A las tres de la tarde, Stella Conrad puso su mano sobre el teléfono, tras aplastar el cigarrillo número veinte. Estuvo a punto de llamar a la policía. Pero no lo hizo.

Apartó la mano del teléfono. Temblaban sus dedos largos y manicurados. Los ojos estaban extrañamente redondeados y abultados. Su gesto revelaba miedo. Quizá pánico.

Encendió el cigarrillo vigésimo primero, rompiendo el precinto del segundo paquete intacto que tenía en su mesita de centro. Aspiró el humo, nerviosamente. Lo soltó con intermitencias espasmódicas. No sabía qué hacer. No estaba segura de nada. Sabía lo que significaba la amenaza. Pero se sentía llena de incertidumbres.

¿Sería capaz de creerla, la policía? ¿Escucharían sus peticiones de ayuda, de protección de su vida? Posiblemente, no. Todo era demasiado fantástico, demasiado incoherente. Y sin embargo…

Sin embargo, ella estaba segura de algo. Sus ojos desorbitados, llenos de terror, se clavaron en el papel doblado que reposaba sobre la mesa. El mismo papel que encontrara en el buzón de su *bungalow* de Beverly Hills. Un mensaje. Un mensaje de amenaza. De muerte.

Las palabras saltaron ante sus ojos, como algo vivo, palpitante y horrible. Algo que no podía entender, pero que estaba allí. Que hablaba de otra muerte muy reciente, de un suceso escalofriante y atroz, capaz de helar la sangre en las venas a cualquiera. Y más, a una persona tan relacionada con aquella que había dejado de existir recientemente, convertida en un espantoso esqueleto humano, sumergido en aguas sangrientas.

Palabras que casi se teñían, también, de un rojo sangriento, ante

su mirada desvariada:

«Hailey ha muerto ya… Soy la sombra vengadora… Una vez, la muerte surgió del agua, Stella… De nuevo la Muerte viene con el agua. Es el Terror. El Terror Acuático que va hacia ti… También tu hermoso cuerpo… se verá convertido en simples huesos descarnados… Muy pronto… Te retorcerás en el agua mientras eres devorada por el propio monstruo que tú ayudaste a crear… ¡Estás sentenciada sin remedio, Stella…! Recuerda una noche de agosto… Recuérdala mientras vivas…, que será ya tan poco…».

Aquellas frases espantosas, terribles… La mente de Stella Conrad era un hervidero de recuerdos alucinantes… Agosto… el agua… Un cuerpo hermoso, convertido en esqueleto… La Muerte. El Terror Acuático…

Y la sombra. La sombra vengadora…

Sí. Ella sabía. *Creía* saber… Un temblor convulso sacudió su cuerpo. Volvió a aplastar el cigarrillo en el cenicero. Se incorporó. Paseó, nerviosa, excitada. Miraba el teléfono, de vez en cuando. La duda proseguía. Deseaba telefonear a alguien más que a Saddie Lane, a quien ni siquiera halló en las oficinas de la Continental-TV… A la policía, pidiendo protección. Pero… protección ¿de qué? ¿Contra quién? ¿Se tomarían en serio todo aquello?

Además, en caso de hacerlo, ella tendría que hablar. Hablar del pasado. De una noche de agosto. De la muerte en el agua…

No podía hacerlo. Era todo demasiado terrible. Demasiado trascendente. De saberse, sería el final de su carrera. El final de todo.

Tal vez, después de todo, se trataba simplemente de un vulgar anónimo, de alguien que amenazaba estúpidamente. ¡Había tanto loco suelto, tanta persona insana que disfrutaba con cosas así…! Podía ser que, precipitándose, se perjudicase más que callando. Sí, era mejor callar, esperar todavía…

Miró al exterior. Aunque el día estaba nublado, la luz de la tarde lo invadía todo, llenaba de claridad el pequeño jardín, el estanque artificial, las rocas y las plantas, decorando bellamente aquel rincón, frente al *living*. No era el escenario más adecuado para sentir miedo o inquietud.

«Soy una tonta…», se dijo, poniendo en marcha su tocadiscos. Una canción con la voz de Bob Dylan brotó del aparato, mientras

ella seguía su nervioso monólogo: «No debo de asustarme tanto. No hay motivo para ello… No va a suceder nada. No puede suceder nada. Creo que me dejé llevar por mis nervios, por viejos temores, por la impresión que la muerte de Hailey me produjo…».

Se detuvo cerca de la puerta-balcón que asomaba al jardín, escuchando la magia vocal de Dylan, casi olvidada ya del pánico que llegara a sentir. Ahora hubiera dado algo por no hacer aquella otra llamada; por no dejar registrado su mensaje en el contestador automático de Saddie Lane, la joven *script* y ambientadora de telefilmes de la Continental.

—Si alguien llegara a saber lo que sucedió aquella vez… —musitó para sí, preocupada—. Sería el final de mi carrera como actriz, estoy segura. Es una tontería que ahora, al cabo de tanto tiempo, alguien pueda recordarlo… Además… nadie es capaz de matar de esa forma. Ha sido todo una…, una simple casualidad, lo sé… Estoy segura. Ahora lo estoy, sí… ¡Oh, qué tonta he sido!

Se echó a reír, incluso. No le gustó su risa. Era seca e histérica. Casi forzada. Temblaba su mano todavía. Resolvió fumar más. Un cigarrillo más. Luego, haría otra llamada a los Estudios, anulando cuanto había dicho antes a Saddie. Le explicaría que alguien la había asustado momentáneamente, pero que todo estaba ya claro, que había sido una broma de mal gusto…

Tomó el cigarrillo. De súbito, se puso rígida. Giró la cabeza, asustada.

Estaba segura de haber escuchado el ruido. Y procedía de allá atrás. Del jardín.

Miró. Todo estaba bien. Como siempre. Las plantas, las piedras, el estanque, el sendero de grava… Sacudió la cabeza. Era mala cosa empezar a imaginar cosas. Su casa delimitaba con dos fincas actualmente desiertas, sin ocupantes. No podía haber nadie en las propiedades vecinas. Y menos aún en su jardín, limitado por las altas vallas de esas dos fincas. Se desinteresó de ese posible ruido, imaginado o lejano, que ella juzgara próximo, y se ocupó solamente de encender el cigarrillo número veintidós, con un pulso relativamente más tranquilo que el que tuvo hasta entonces.

La tarde era apacible, la puerta-balcón estaba entreabierta, y el clima californiano, húmedo pero benigno, invitaba a cualquier cosa menos a sentir miedo por una ridícula amenaza depositada en su

buzón. Todo su temor, su aprensión, habíanse debido a la propia muerte de Hailey, y nada más que a eso.

Stella caminó hasta la puerta-balcón lentamente y fumó, tratando de serenar sus alterados nervios. Sus ojos se deslizaban sobre las rocas, las plantas, el estanque…

El estanque.

Dilató sus ojos. De repente, le había parecido ver algo, descubrir un bulto, una forma en él. Sobresaltada, se echó hacia atrás. El cigarrillo cayó de su mano, rodando por el pavimento. Pensó en salir a averiguar lo que sucedía, pero inmediatamente cambió de idea y resolvió salir de la casa, buscar ayuda en algún *bungalow* vecino.

El terror había vuelto. Y esta vez, por un motivo concreto: *había alguien* en el estanque. Asoció esa idea horrible con el ruido anteriormente escuchado, y llegó a una conclusión estremecedora.

El ruido que había oído… era un *chapoteo* como el que produciría algo, o alguien, al hundirse en las aguas.

—No, no… —susurró, nuevamente pálida, descompuesta—. Nadie pudo llegar hasta ahí…

Estaba retrocediendo, angustiada, cuando la cosa emergió, súbitamente, del agua.

Un alarido desgarrador escapó de labios de Stella Conrad. Sus ojos desorbitados descubrieron la forma humana que se erguía pausadamente, como un espectro, emergiendo de entre las aguas del estanque, rígida y fantasmal.

Un rostro conocido, unos ojos fijos en ella, crueles y vidriosos, le causaron un escalofrío de supremo espanto. Luego, echó a correr, tratando de huir de la casa. Atrás, en el jardín, la aparición emitió una ronca carcajada desafiante, como si se burlara de ella en aquel trance espantoso.

Stella, una Stella tambaleante, como ebria, dominada por el pavor y la angustia, alcanzó la puerta del *bungalow*, la abrió para salir… y un segundo grito de terror escapó de su garganta.

La figura erguida en la puerta, envuelta en un ajustado traje de goma, mojado, de color negro, aparecía rematada por un cráneo de calavera que parecía flotar en la tarde, como una aparición espantosa, con sus vacías cuencas negras e insondables y sus dientes descarnados, en terrorífica sonrisa inmutable, mueca de muerte y de

crueldad.

Stella había llegado al límite de su resistencia. Se tambaleó, blanca como el papel. Sus ojos bailotearon horriblemente en sus órbitas. Luego se desplomó pesadamente a los pies de la macabra aparición.

La figura humana, envuelta en goma negra, lustrosa por la humedad, se quedó rígida en el umbral, contemplando el cuerpo inmóvil de Stella. Entró en la casa, cerrando tras de sí la puerta. Unos chanclos de goma negra pisaban el suelo, sin dejar huellas. Entreabrió la goma, mostrando una barra de hierro bajo la misma, empuñada por una mano enguantada de goma negra.

—No hizo falta —dijo una voz sorda, bajo la máscara de calavera—. Se desvaneció.

El segundo personaje había salido ya del estanque. Miró con frialdad a Stella, tendida en el suelo, inmóvil.

—Vamos —dijo—. No hay tiempo que perder. Encárgate de llevarla al estanque. Yo haré el resto.

El ser con cabeza de calavera, asintió. Se inclinó, cargando fácilmente con la inconsciente Stella Conrad, la bella actriz de televisión. El segundo personaje se perdió en el jardín, en busca de algo.

Momentos más tarde, el esqueleto de negra envoltura de goma, se detenía al borde del estanque artificial construido por el decorador del jardín de aquel *bungalow*. Esperaba algo.

Poco después, el segundo personaje llegaba cargado con algo. Se detuvo, también, al borde del estanque.

—Ya puedes —dijo—. Es el momento.

El cuerpo de Stella se desprendió de los brazos del hombre enmascarado de calavera. Cayó al agua del estanque rodeado de piedras y plantas bellamente armonizadas. Se hundió en él, con una sacudida.

Luego, algo más cayó al estanque y…

* * *

El impacto del agua fría, devolvió la consciencia a Stella.

Notó que se hundía en las azules aguas, entre peñascos artificiosamente dispuestos. Y su instinto hizo el resto.

Luchó por rehacerse, por salir de allí. Una repentina sensación

de helado terror la asaltó. Borrosamente, mientras pugnaba por volver a la superficie, evocó la figura en el estanque, la aparición macabra en la puerta de su casa… y la amenaza del Terror Acuático.

Braceó con energía, hacia la superficie. El estanque no era muy profundo. Vislumbró muy pronto la capa exterior del agua, con sus reflejos, con las sombras de alguien, allá afuera, esperando… Su cuerpo sufrió un espasmo de pánico invencible.

Pero aun así, estuvo a punto de llegar a la superficie. La rozó con su rostro, con sus cabellos oscuros, con sus manos crispadas.

Luego, de repente, sucedió aquello.

El agua pareció hervir alrededor de ella, y sobre su rostro y cabeza. Algo huidizo se hundió en sus cabellos. Cuerpos móviles, en alud, golpearon su cuerpo, sus manos, su faz.

¡Peces!

Peces… Y ella…, ella *no tenía* peces en su estanque. Nunca los había tenido. Eso carecía, por lo tanto, de sentido…

Notó el doloroso, agudo pellizco en la mejilla. Chilló desgarradoramente, y entró agua en sus pulmones. De su cara fluyó la sangre. Notó un dolor intolerable en la cara. Su mano rozó la mejilla herida… ¡y palpó el boquete de casi cinco centímetros abierto en su hermoso rostro!

Luego, el pavor la invadió con un manto helado, frío y viscoso; más, aún, que el agua de su estanque. Porque ya no fue un pellizco doloroso, sino decenas, centenares de ellos, los que asaetaron su cuerpo, incluso a través de sus ropas.

Notó bajo su blusa el contacto pegajoso y gélido de unos cuerpos vivos, escamosos, rozando sus senos, su estómago… Otros penetraban por entre sus *shorts*, y muslos, nalgas y caderas eran presa de dientes agudos, afiladísimos, de colmillos de pesadilla que, por centenares, por millares, acribillaban su carne, devoraban su cuerpo…

Fugazmente, supo cómo había muerto Hailey Stoddard. Y supo que ella también sería un esqueleto flotando en aguas de sangre, no tardando mucho.

Manoteó, golpeó cuerpos en movimiento; hirvientes bandadas de pequeñas formas resbaladizas y de otras que no eran tan pequeñas… Ojos desorbitados y feroces, fauces abiertas, dientes

voraces, formaron ante sus ojos un caos sangriento, antes de que sus propias órbitas, sus globos oculares, fueran taladrados por aquellas agujas diabólicas, alucinantes, dejándola ciega no mucho antes de descarnar totalmente, en un baño de sangre atroz, su cuerpo todo…

Después de su cuerpo, de la envoltura hermosa de su figura de mujer plena y espléndida, fueron sus vísceras sanguinolentas las que flotaron en las aguas, formando un caos espantoso que los peces devoraban, en delirante festín…

Cuando éste terminó, en el fondo de las aguas del estanque reposaba un resto humano estremecedor, macabro y horrible.

Un esqueleto entre jirones de ropa ensangrentada.

El esqueleto de la que había sido, en vida, la espectacular y morena belleza de la televisión, Stella Conrad. Sus curvas, sus encantos físicos, habían desaparecido, pasto de unos feroces comensales.

Sólo quedaban huesos limpios, descarnados, en un estanque repentinamente rojo.

CAPÍTULO IV

(DEL REPORTAJE DE MARK SHELDON III).

El automóvil tomó la curva con tanta brusquedad, que casi nos damos de bruces contra la furgoneta comercial, de carrocería color verde oscuro, con la que nos tropezamos al doblar. Su conductor, malhumorado, tocó el claxon repetidamente, para censurarme mi precipitación.

Hice un gesto de asentimiento, disculpándome y, mientras el vehículo se perdía a mis espaldas, nosotros alcanzábamos la recta alameda que conducía a aquella zona residencial de Hollywood.

—Es la cuarta manzana, desde aquí —señaló Saddie—. He estado en dos de sus fiestas y recuerdo muy bien la casa, Mark.

Afirmé, sin desviar mis ojos de la carretera. Nos cruzamos con otros dos automóviles, pero esta vez no hubo problemas con ellos. Conté las cuatro manzanas, y terminé frenando ante un bloque formado por tres edificios, vecinos entre sí, todos con verjas y jardín.

—Es el del centro —me dijo Saddie—. Los otros dos parecen deshabitados.

—Sí, eso parece —asentí, tras estudiarlos con rapidez—. Vamos allá. Dios quiera que lleguemos a tiempo…

—¿Mark, de veras piensas que pueda ser posible algo semejante? —dudó ella, todavía.

—No lo sé. Pero nuestro deber es averiguarlo. Si no hubiera sucedido nada… Sin embargo, hay que recordar que una mujer ha muerto ya de forma horrible…

Saltamos del coche. Lo cierto es que el *bungalow* de Stella también parecía deshabitado, al menos en este momento. No se escuchaba allí otro ruido que el producido por los pájaros entre la

hojarasca de los árboles de la colina.

—Es una zona muy tranquila —dijo Saddie, mirando hacia la casa, tras llamar en la verja—. Todos los que trabajan en cine o televisión eligen sitios así para vivir. Es su remanso de paz.

—Y a veces, un peligro para ellos, si alguien aprovecha debidamente la paz del lugar para sus propios fines —señalé, secamente. Y decididamente, empecé a escalar la cerca—. Vamos, Saddie. Nadie responde a la llamada. Y no me gusta esto.

—¡Pero, Mark, es allanamiento de morada…! —protestó Saddie, a mi espalda.

—Al diablo con eso. Hay que jugarse el todo por el todo. Ojalá sea todo un error, y debamos disculparnos ante tu amiga, pero esto sigue sin gustarme en absoluto.

Cruzamos el jardín delantero, formado por setos, macizos de flores, en su mayoría peonías y azaleas, y alcanzamos el porche. Miré al suelo, ante el umbral.

—Mira eso —dije—. Parecen gotas de agua que se secaron recientemente, dejando cercos de polvo y barro…

—¿Y eso qué puede significar? —indagó Saddie, que tampoco había tenido problemas en escalar la breve cerca, lo cual daba idea de lo fácil que era llegar hasta la dueña del *bungalow*, sin necesidad de medios especiales.

—No lo sé. Sencillamente, está ahí. El jardín está seco. La alameda, también. Parece como si algo hubiera chorreado ligeramente ahí. Y no hace mucho de ello…

—No creí que fueses un Sherlock Holmes, Mark —bromeó Saddie, creo que para animarse ella misma, en aquellas circunstancias.

—Yo tampoco —rezongué, probando la puerta, que estaba cerrada. Pulsé un llamador tres veces, pero, como esperaba, nadie atendió la llamada. Miré a Saddie, y ella me contempló, inquieta. Luego, escudriñé los laterales del edificio. Eché a andar, apartándome del porche—. Vamos por ese lateral. Debe haber un jardín posterior. Tal vez esté allí, ahora.

—Viva, supongo —musitó Saddie, temerosa.

No dije nada. Yo también deseaba eso. Pero mi presentimiento no era nada optimista en esos momentos. Y no quise alarmar más a Saddie, antes de tiempo.

Recorrimos un lateral, entre un alto seto que se juntaba a la verja de la finca inmediata, y el muro de aquel lado del *bungalow*. Miramos ambos a través de las ventanas, pero no descubrimos signos de vida en el interior, aunque todo aparecía en orden.

Alcanzamos el jardín posterior. Contemplé las piedras, los arbustos, el jardín dispuesto artificiosamente, el estanque…

Enseguida lo vi.

El estanque estaba totalmente rojo. Lo demás, por desgracia, era fácil de imaginar.

Detuve a Saddie sujetándola por un brazo. Señalé hacia la puerta balcón abierta.

—Ve al teléfono —pedí—. Llama a la policía.

—¿Qué? —Me miró, palideciendo, sin entender nada.

—Haz lo que te digo. Llama inmediatamente. Como me temía…, es demasiado tarde ya.

Saddie miró al estanque. Vio las aguas rojas. Entendió. Lanzó un grito ronco, y corrió hacia el *living*, sin preguntar. Yo, me acerqué al estanque, resueltamente, tras comprobar, con una mirada, que éramos los únicos seres vivos en todo el pequeño jardín.

* * *

—Ya…, ya está… —susurró Saddie a mi espalda—. Ya llamé… al capitán Harris, de Homicidios. Están en camino…

—Bien —volví a hundir mis dedos en el agua, removiéndola. Era rojo oscura, turbia. Difícil distinguir algo, pero creí ver una forma en el fondo de las aguas. Una horrible forma—. Voy a meterme en ese agua, Saddie.

—¡No! Tú no… —jadeó.

—Cálmate. He removido varias veces el agua. De haber dentro algo destructor, hubiera acudido a mi mano, fuese animal, humano… o simplemente químico. No noto nada. Lo que sea ha debido irse de aquí. O se lo llevaron, Saddie.

—Pero…, pero ¿y Stella?

—Me temo…, me temo que está ahí dentro —dije gravemente—. Es lo que quiero comprobar.

Me quité la ropa. Luego, me lancé al estanque artificial. Me sumergí en él, entre turbias aguas rojizas, que yo sabía mezcladas con sangre humana.

Buceé hasta alcanzar la forma oscura y sólida que creyera entrever antes. La visibilidad era nula en aquel agua enturbiada por la abundante sangre derramada. Usé el tacto. Retiré mis dedos, horrorizado.

Había tocado un pelado cráneo humano, mechones de cabellos flotando en el agua… Y una crispada mano descarnada, simples huesos engarfiados…

Rápido, subí a la superficie para esperar a la policía e informar a Saddie.

Entonces sentí el espantoso mordisco en mi cuerpo.

Los finos dientes taladraron mi carne. Otra sangre se mezcló rápidamente a la de las aguas turbias. Mi sangre. Noté la proximidad de un cuerpo escamoso, frío y viscoso, rozando mi piel.

Supe que era él. Me había mordido vorazmente. Sí había más de su especie, estaba perdido. Mi esqueleto reposaría, también, junto al de Stella Conrad, cuando llegase la policía.

Un escalofrío de horror, de un horror que hasta entonces yo jamás había sentido ni conocido, me invadió.

Supe lo que era aquel terror voraz y espantoso, como una pesadilla de sangre surgida de las aguas. Y sentí miedo. Miedo de no volver a la superficie, jamás. Miedo de sentir, de un momento a otro, la mordedura mortífera de los devoradores de cuerpos…

* * *

El capitán Harris me contempló en silencio, moviendo pausadamente la cabeza. Sus hombres rodeaban el estanque, extrayendo, con bicheros, el esqueleto horripilante de Stella Conrad.

Saddie ocultó el rostro, al verlo emerger. Estaba hecha a muchas cosas en este mundo, pero todo tiene un límite, evidentemente.

—¡Dios mío…! —la oí sollozar ahogadamente.

No comenté nada. El esqueleto humano fue depositado sobre una tela impermeable situada ya junto al estanque. El oficial de policía lo estudió, ceñudo. Luego, me miró a mí, fijando especialmente sus ojos en el ancho esparadrapo ensangrentado que cubría mi muslo.

—Tuvo usted suerte —dijo—. Mucha suerte. Si llega a haber más de esos malditos peces, ahora estaría como esa pobre chica…

—Sí —admití, pensativo—. Creo que pequé de imprudencia. No

podía imaginar que hubiese peligro alguno. Hundí varias veces mi mano, y no acudió. Debía estar oculto abajo, entre las rocas…

—No se preocupe. Lo sacaremos. Pero ¿cómo diablos pudo llegar hasta ahí, esa clase de carnívoros?

—No lo sé. Tal vez los trajeron. Y uno de ellos se quedó extraviado…

—Bien, sea como fuere, investigaremos el asunto cuando tengamos ese maldito ejemplar en nuestro poder. Los expertos del Departamento de Investigación Oceanográfica de Los Ángeles ya están en camino con hombres-rana especializados. No quiero más riesgos, por si hubiera alguno más de esa calaña por ahí abajo…

No dije nada. Estaba pensando en lo sucedido como si fuese una pesadilla. Las cosas no habían podido ir peor. Pero cuando menos, sólo un pez me atacó. De haber sido varios, ahora no estaría allí.

Cosa de veinte minutos más tarde, teníamos allí a los expertos en Oceanografía. Dos de ellos se lanzaron al agua con lámparas y trajes especiales, a prueba de mordeduras de peces de cierto tamaño. Llevaban unas redes especiales para captura submarina.

Regresaron a la superficie del pequeño estanque, cosa de diez minutos después. En una de sus redes, se agitaba furiosamente un cuerpo azulado, plano, de fea cara aplastada, ojos muy redondos, y boca de terribles, increíbles incisivos y anchas mandíbulas. No sé por qué su aspecto me resultó familiar.

Uno de los expertos lo agitó, antes de volverse a uno de sus compañeros y pedirle:

—El recipiente de agua dulce, pronto. Lo llevaremos al Instituto, pero creo que no hace falta muchos conocimientos para saber de qué se trata…

Me acerqué. También Saddie, y el capitán Harris. Miramos con morbosa curiosidad —en mi caso no exenta de rencor—, la figura plana y fea del extraño pez.

Mediría cosa de veinticinco centímetros, lo cual no estaba nada mal. El policía observó cómo coleaba, nadando a velocidad considerable dentro del recipiente adonde había sido arrojado.

—Agua dulce… —comentó el oficial de Homicidios—. Eso significa que es… pez de río o arroyo…

—De río —corroboró el experto—. Un pez que resulta imposible encontrar en Estados Unidos, señor.

—¿Qué? —Se volvió él, asombrado, al que hablaba—. ¿Quiere decir que…, que no son de aquí?

—En absoluto, señor. Proceden de ríos tropicales, especialmente de América del Sur… Su nombre más común es el de… *pirañas*, señor.

* * *

—¡Pirañas!

—Eso es: pirañas. *Serrasalmus pirayas* es su nombre zoológico. El pez más voraz que existe. Uno de los más rápidos y feroces del mundo. En bandadas, son invulnerables. Pueden devorar lo mismo una vaca que un hombre, en escasos minutos. Si son muchos, la presa no importe de qué volumen o peso sea. Se congregan todos y la trituran virtualmente, dejándola reducida al puro hueso. Los hay de veinte a treinta centímetros, normalmente, pero existe la especie gigante del Amazonas, que puede llegar a medir hasta sesenta centímetros…

Todos escuchábamos, como fascinados, la descripción fría y monocorde del profesor McNeil, del Instituto de Estudios Oceanográficos y Fluviales de Los Ángeles, mientras en su encierro de vidrio, aquel pequeño monstruo azul, de reflejos plateados, de ojos redondos, fijos y malignos, coleteaba, en veloces desplazamientos, como furioso por sentirse prisionero y observado.

—Pirañas… —susurré lentamente—. ¡Cielos, eso fue lo que pensé…! Pirañas… Se me pasó la idea por la mente, de un modo fugaz, pero la deseché por absurda… ¡Pirañas en Los Ángeles, en piscinas y estanques…! No tiene sentido.

—Pero ahí tenemos nuestro espécimen, señor Sheldon —me recordó, secamente, el capitán Harris—. La prueba evidente y decisiva. Los esqueletos confirman el hecho. ¡Hay pirañas en Los Ángeles!

—Y a millares, sin duda —suspiró el profesor McNeil, contemplando las fotografías de los esqueletos, de Hailey Stoddard y Stella Conrad—. Al menos, dos o tres centenares de estos peces tuvieron que atacar a esas desdichadas. De otro modo, no hubiera llegado tan lejos el destrozo…, o ellas hubieran podido evadirse, aunque malheridas, antes de que todo el banco de pirañas cayera sobre sus cuerpos…

—¿Qué explicación científica tiene la presencia de pirañas en esta ciudad, en piscinas y estanques de California, profesor? —quise saber, saliendo de mi abstracción.

—Ninguna —se volvió a mí, el investigador—. Absolutamente ninguna, señor Sheldon. No hay razón lógica que justifique esto. Zoológicamente, es absurdo. Ecológicamente, imposible.

—De modo que no vinieron por sí mismas —señalé.

Todos me miraron, perplejos. El capitán Harris se acercó a mí.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó.

—Parece evidente que se trata de un hecho criminal. Alguien ha traído pirañas, las lanza en determinados lugares, y ellas devoran a la persona señalada. Luego, las recogen y desaparecen del escenario de su crimen.

—¡Cielos, qué disparate! —se asombró el profesor McNeil.

—¿Disparate? —Le miré vivamente—. ¿Por qué? ¿Encuentra otra explicación, usted?

—No, ni es mi trabajo. Pero, desde ahora mismo, puedo garantizarle que NADIE puede manejar pirañas a su antojo. Es posible lanzarlas a un estanque desde un recipiente, pero ¿cómo recogerlas después, en poco tiempo, sin correr riesgo de muerte quien lo intente? No son peces dóciles ni domesticables, eso es obvio. No obedecen a nadie. Una vez lanzados en un lugar con agua dulce, ya nadie los sacaría de allí sin perecer en el empeño, a menos que dispusiera de grandes recursos y toda clase de medidas de seguridad.

—Y tiempo, naturalmente —corroboró el capitán Harris—. Recuerden ustedes que, en menos de una hora, esos peces dejan de estar ya en el lugar donde celebraron su horrible festín.

—Una hora… —el profesor de Oceanografía y estudios fluviales, meneó la cabeza en sentido negativo, con énfasis—. No. Imposible de todo punto. Desechen esa posibilidad, señores.

—Y en ese caso…, ¿qué nos queda? —se exasperó el capitán Harris.

—Nada —dije yo, escuetamente—. Nada…, a menos que…

El policía me miró vivamente. Mis palabras parecieron intrigarle.

—A menos… ¿qué? —quiso saber.

—No sé… —Mordí mi labio inferior, estrujando mi memoria—.

El asunto de las pirañas me ha traído algo a la mente, capitán. No es seguro, pero… creo haber reunido cierto material sobre la cuestión, con motivo de un reportaje mío. Déjeme ir a la Redacción de Life and Science. Lo buscaré, para consultar cuanto tenga en mi archivo sobre pirañas…

—Está bien. Vaya —me invitó Harris—. Nosotros, entretanto, intentaremos obtener algo con nuestro «prisionero»… ¡Si al menos fuese posible interrogar a los peces…! ¿Quién puede ser capaz de usar pirañas para asesinar a la gente, por todos los diablos?

—No sé, capitán, pero según el mensaje que grabó la pobre Stella Conrad en el contestador automático de Saddie Lane…, se trata de alguien que quiere vengarse… Y ella lo llamó… terror acuático. Un nombre muy periodístico. Y terriblemente fiel a la realidad, por desgracia…

Se quedaron mirándome, cuando salía de la estancia. Me dirigí rápidamente en mi coche a la redacción. No me costó mucho dar con el *dossier* rotulado PIRAÑAS, en mi archivo particular.

Así revivió el viejo asunto del profesor Joao Maldonado, en Brasil. Y su sorprendente fotografía de las pirañas gigantes del Amazonas. Y su desaparición, sin dejar rastro, junto con su hermosa secretaria mestiza…

Y un misterioso S que envió un raro mensaje sobre pirañas, desde el interior de la selva amazónica…

Estaba repasando todo eso, lleno de excitación, cuando repicó el teléfono de mi despacho. Lo descolgué rápidamente, preguntando:

—Aquí Sheldon. ¿Quién llama?

—¡Mark! —Reconocí la voz alterada de Saddie—. ¡Mark, otra vez!

—Otra vez… ¿qué? —pregunté, casi sin aliento, sintiendo que se erizaban, de repente, los cabellos de mi nuca.

—¡La amenaza de muerte! ¡El mensaje! ¡Hay otra víctima programada!

—Cielos, ¿quién? —Aferré, angustiado, el teléfono—. ¿Qué ocurre, Saddie?

—Se trata de…, de Vivian. Vivian Davies…, otra de ellas…, de *Bellezas en acción*… Ha recibido una sentencia de muerte firmada por…, por *El Terror Acuático*… Dicen que morirá como las demás…, en venganza de lo que sucedió una vez… Es todo lo que ha dicho.

La policía ha salido ya para allá inmediatamente, con el capitán Harris a la cabeza. Esta vez creo que pueden salvarla. No tendrán tiempo material de…, de lanzar pirañas a su baño. Entre otras cosas… porque Vivian no tiene piscina ni estanque…

Sentí un sudor frío en mi frente, en las palmas de mis manos, hasta casi sentir que resbalaba el teléfono y se me caía de los dedos. Lo sujeté con fuerza, mientras un feo presentimiento me asaltaba.

—Dios quiera que sea así… —Mi voz era tan ronca y tan rara, que casi ni la reconocí—. Saddie, ¿puedes esperarme en alguna parte, para que vayamos, también, a casa de Vivian Davies nosotros dos?

Me dijo dónde. Colgué, y salí disparado. Quizá llegáramos a tiempo, como esperaba Saddie. Pero aquello seguía sin gustarme. El asesino, o asesinos, actuaban fría e implacablemente. Sus pequeños y terribles ejecutores, jamás fallaban el golpe. Claro que si Vivian no tenía piscina, estanque, ni nada parecido…

Pero aun así, mientras rodaba vertiginosamente hacia Santa Mónica, donde residía la tercera *belleza* de la televisión, los peores presentimientos desfilaban por mi mente.

Y junto con ellos, una serie de preguntas sin posible respuesta.

¿Quién? ¿Por qué? ¿Cómo…?

Y, sobre todo…, ¿por qué las pirañas? ¿De dónde surgían… y *adónde* volvían?

Cuando llegamos a la residencia de Vivian Davies, encontramos ya allí los coches-patrulla de la policía, y al capitán Harris, con el sargento Baxter, su ayudante, al frente de los agentes desplazados al lugar.

Frunció el ceño Harris, al vernos llegar. Se acercó a mí, con aire preocupado.

—¿No quiere perderse detalle de este festival de sangre, Sheldon? —me preguntó, casi abruptamente.

—Sólo quería estar seguro de que esta vez sí llegaban a tiempo… —repliqué.

—Pues no podemos tener ninguna seguridad, ni usted ni yo —dijo contrariado el oficial de Homicidios—. Parece que hicimos el viaje en vano.

—¿Por qué? —Me inquieté.

—No hay nadie en la casa. Vivian Davies no está. Nadie la ha

visto salir. Creo…, creo que apenas supo por la radio lo sucedido a Stella, debió de leer el mensaje amenazador y llamó al Departamento, muy asustada. La aconsejamos que no se moviera, que no abriese absolutamente a nadie, hasta llegar nosotros… Pero no está. Y no hay señales de violencia en su vivienda.

—Resulta lógico —señalé, arrugando el ceño—. Las pirañas sólo atacan en el agua, capitán.

—Me gustaría saber dónde está, ahora, esa chica… —refunfuñó Harris, malhumorado.

—Y a mí —dije roncamente—. Y a mí… Si es que no es ya un simple esqueleto más…

CAPÍTULO V

TERROR ACUÁTICO

Sabía que estaban rodando. Rodando hacia alguna parte.

El ronroneo del motor señalaba, sin duda alguna, el ascenso de una empinada cuesta. No resultaba nada extraño. Los Ángeles era región de abundantes colinas. En especial, Hollywood, Beverly Hills y Glendale.

No podía saber más. El vehículo en que era conducida, seguía su rodar a buena marcha. El silencio de sus compañeros de viaje duraba ya hacía bastante tiempo. Lo cierto es que apenas si pronunciaron palabra, incluso desde el principio.

Tuvo un estremecimiento. No era el primero. En realidad, estaba asustada. *Muy* asustada. Aquel viaje tenía todas las trazas de ser el último. Pero lo cierto es que ni siquiera había esperado viaje alguno. Lo cierto es que siempre pensó que la Muerte había llegado a su puerta cuando…, cuando tuvo ante sí a aquellos seres de pesadilla.

El estremecimiento se hizo escalofrío. El recuerdo era espantoso. Ni siquiera había tenido tiempo de reaccionar en forma alguna. Se sintió atacada, perdió el conocimiento, y ahora…, ahora estaba allí. Con sus ojos vendados, con sus manos atadas a la espalda, sentada en la cabina de algún vehículo, camino de alguna parte.

No había muerto. No le habían causado, realmente, daño alguno. Tal vez eso significase algo. Algo esperanzador, cuando menos. Pero no podía sentirse en absoluto tranquila. Y menos aún después del mensaje recibido. Y después de…, de haber visto a aquella horrible pareja que penetró en su vivienda tan inesperadamente.

Vivian Davies había cumplido, en todo momento, las

instrucciones policiales. No abrió a nadie su puerta, No cometió error alguno. Ni hizo falta. Fueron ellos los que entraron en el domicilio, sin que pudiera hacer nada por evitarlo. Ellos los que, inesperadamente, surgieron ante ella como una visión del propio infierno…

Sin duda tenían intervenida su línea telefónica, Ella sabía que se hacían cosas así, fácilmente. En los guiones para la televisión que protagonizaba junto a Hailey, Melissa, Karin y Stella, esas cosas se hacían frecuentemente. Unas simples pinzas bastaban para interferir una línea y captar las llamadas. Desde la calle, o desde un sótano del edificio.

Sin duda, también, ellos habían estado esperando que ella diera aviso a la policía. E inmediatamente, intervinieron. Lo tenían todo bien calculado, eso era evidente. Demasiado bien calculado para que ella hubiese podido preverlo y menos aún evitarlo.

Lo cierto es que todo sucedió muy deprisa. Tanto, que apenas si habían transcurrido diez minutos desde su llamada a la policía, cuando…, cuando oyó el roce de las pisadas en el *living*.

Había creído soñar, imaginar cosas. Corrió a comprobar si eso era cierto, convencida de que no encontraría a nadie.

Y se había encontrado cara a cara con la calavera viviente. Con el rostro alucinante de un esqueleto, flotando sobre unas ropas de goma negra y lustrosa, ante unas manos enguantadas también con negra goma…

Recordó que había chillado de horror ante aquella aparición macabra, aterradora e inexplicable. Luego, descubrió que la calavera no estaba sola en su *living*. Había alguien más.

Otra persona muy diferente. Una persona a quien jamás había pensado volver a ver. Entonces sí gritó con más fuerzas, llena de pavor, comprendiendo que todo era tal y como ella imaginaba…

No pudo hacer más. El ser de rostro esquelético se había precipitado sobre ella. Algo golpeó su nuca. Y sé desplomó en un negro abismo de inconsciencia.

Acababa de despertar de ese trance, y se encontraba rodando en un vehículo, hacia algún lugar remoto e impensado donde quizá la policía jamás daría con ella.

Instintivamente, recordó a Hailey Stoddard, las fotografías que le mostraran de ella los policías, tal y como quedó en la bella

piscina del Club Náutico…

Y el boletín radiado, con el hallazgo de Stella Conrad, sumergida en el estanque artificial de su jardín, convertida también en un miserable esqueleto descarnado…

Tembló de horror. ¿Qué estaba sucediendo? ¿Cuál iba a ser, ahora, su destino?

Se dijo que tal vez no podía ser tan malo. Que aquella gente pudo haberla matado en un principio, sin necesidad de recurrir a un secuestro. Que…

—Hemos llegado, Vivian —dijo una fría voz de mujer, cerca de ella.

El temblor se hizo espasmo. Notó que tenía la piel fría y húmeda. El coche había dejado de rodar.

—Vamos —sonó la voz de un hombre, desde el volante—. Condúcela adentro.

Una portezuela se abrió, con leve chirrido. Unas manos aferraron su brazo, ayudándola a ponerse en pie, a salir a ciegas de la cabina donde viajara. Descendió a tierra firme. Notó que pisaba un suelo terso y duro, posiblemente de asfalto. O de cemento. Captó olor a vegetación. Luego, un fuerte ambiente húmedo llegó hasta su olfato. Las pisadas de ella y sus acompañantes resonaron huecas. Un amplio recinto, sin duda. En un campo o en un jardín bastante grande. Alto de techo. Posiblemente de grandes dimensiones. ¿Un cobertizo, un almacén?

Vivian iba deduciendo las cosas en su ceguera obligada, con aquella banda oscura e impenetrable cubriendo sus ojos. De alguna parte le llegó un rumor de agua, como el grifo de una fuente.

Agua…

Un instintivo terror la invadió. Había empezado a sentir horror al agua. Ya venía de antes. De una lejana noche de agosto, en un lugar llamado Golden Cottage…

Había creído tener eso totalmente olvidado, perdido en el armario de su subconsciente para siempre. Pero no era así. Ahora, todo cobraba una fuerza insospechada, revivía con unas dimensiones aterradoras, alucinantes.

Era el miedo. El miedo a la venganza, el miedo al regreso de aquel recuerdo trágico. La certeza de que una mente enfermiza pretendía devolver golpe por golpe en un delirante plan de

revancha, carente de sentido.

—Quieta —dijo la voz de la mujer—. Ya estamos, Vivian.

Se detuvo, estremecida. Tragó saliva. Notó que sus piernas temblaban. Junto a ella, notó que se paraban las pisadas de las dos personas que la escoltaban. El ruido del agua, al caer en algún lugar, se percibía ya más próximo. Algo, una presencia invisible y terrorífica, parecía ser captada por su instinto.

—Quítale la venda —dijo la mujer.

Unas manos manipularon en su nuca. Desanudaron el vendaje negro, que cayó a sus pies. Vivian Davies parpadeó, deslumbrada, pese a que no había mucha luz en el lugar. Necesitó unos segundos, abriendo y cerrando sus párpados, para habituarse a la claridad del recinto.

Tal y como había imaginado, era un enorme cobertizo. Con muros desnudos, con altísimo techo de uralita. Vacío y hueco de sonidos. Algunos objetos apilados en los rincones, unas luces colgadas de unas vigas, y las rendijas de claridad diurna que se filtraban por algunos puntos, en las viejas paredes. Eso era todo.

Al fondo, a menos de quince pasos de donde se hallaba ahora, descubrió algo, una especie de gran pila de agua o cisterna. Sobre ella, de una negra goma, caía agua a chorro, mientras por un desagüe situado al pie del recinto parecía fluir el agua constantemente, renovándose dentro del recipiente gigantesco, capaz de contener una embarcación fuera borda. En su mayor parte, el recipiente aparecía tapado por una especie de plancha de madera, muy grande. Al caminar unos pasos hacia allá, notó calor. El chorro de agua que caía, era caliente. La temperatura de la cisterna debía de ser elevada. Agua muy templada, tirando a cálida. ¿Por qué?, se preguntó Vivian, estremecida.

—Bien, Vivian. Como verás, todo estaba calculado. Avisar a la policía no resolvía nada.

Era la mujer, una vez más, quien hablaba. Vivian la miró, temblorosa. Le causaba angustia y miedo contemplar aquel rostro. Más ahora, en que hasta le parecía artificioso, como si fuese una máscara y no una faz humana real.

Sin embargo, recordaba muy bien las facciones de aquella hermosa mujer. Y eran así. Siempre habían sido así. Se preguntó por qué ahora tenían para ella un significado tan siniestro…

—Shirley… —susurró, con voz ahogada, Vivian Davies.

—Recuerdas mi nombre —habló con frialdad la mujer—. Veo que lo recuerdas aún muy bien, Vivian.

—¡Oh, Dios!, ¿cómo olvidarlo? —susurró—. Daría algo porque nunca hubiera sucedido todo aquello. Pero entonces yo no podía… hacer nada por evitarlo, tú lo sabes.

—No, no lo sé. No sé si alguien pudo, o quiso hacer algo, por evitarlo —replicó fríamente ella—. Lo que sé es que sucedió. Que nadie lo impidió. Que, incluso, divertía mucho a todos los presentes…

—No, Shirley, eso no. Sólo fue divertido hasta que…

—Hasta que ya no hubo remedio, ¿verdad? —Los ojos de mujer la contemplaron glacialmente—. Sí, Vivian. Y luego, se ocultó todo. La gente importante siempre oculta las cosas vergonzosas. Y se olvidó. Y tú triunfaste. Y las demás, también. Todas triunfasteis, mientras yo…, yo seguía un destino muy diferente. Pero he vuelto, Vivian. He vuelto… y conmigo ha vuelto el mismo terror que vosotros desatasteis aquella noche. ¿Lo recuerdas, Vivian, lo recuerdas bien? El agua… El agua era la muerte. Y se cobró su presa… Ahora también, Vivian. De otro modo, ahora también es el agua la muerte… Ven. Ven a ver algo… Sólo un momento, Vivian. No te voy a importunar mucho más…

—¿De…, de veras vas a…, a dejarme ir? ¿No me causaréis daño? —imploró Vivian, trémula, con su rostro convertido en una máscara de terror, de palidez, que difícilmente hubieran identificado sus admiradores de la pequeña pantalla.

—Ven —repitió la otra, inflexible—. Te dije que iba a mostrarte algo. Eso es todo. Ven aquí. Verás algo que nunca ha presenciado ser humano alguno, en esta parte del mundo, aquí donde todo es amable, risueño y color de rosa; donde la televisión se filma en color para idiotizar a la gente con absurdos cuentos de hadas que ocultan las lacras de vuestra sociedad; con rostros bonitos y romances heroicos que escondan la basura que anida en todas vuestras almas…

—Shirley…

—¡Vamos, ven aquí! —se aproximó a la cisterna, y apartó la tapa de madera. Luego, ayudada por el hombre de cabeza de calavera, fue conducida hasta el borde del recipiente. La mujer

siniestra dio una luz sobre el agua oscura, caliente, que llenaba la cisterna. Hicieron asomar a la horrorizada Vivian al interior de la misma.

No descubrió gran cosa, salvo una gran masa de peces, una especie de denso banco de criaturas del agua, azul-plateadas, de forma aplastada y ancha, de feos rostros y ojos saltones. No era una experta en tales cosas, de modo que la identidad de tales peces le resultó un misterio total, absoluto.

—Mira, Vivian… —Silabeó la mujer—. Mira esto. Fíjate atentamente, detalle por detalle. Es un espectáculo digno de contemplarse…

Se inclinó. Tomó algo, de una pequeña jaula colocada en el suelo. Sólo entonces descubrió Vivian que, junto a la cisterna, había algo viviente. Dentro de la jaula se agrupaban unos cuantos *hamsters* mordisqueando hojas de verdura.

Ahora, la mano de la mujer tenía a dos de ellos aferrados entre sus dedos. Los pequeños roedores chillaban agudamente, clavando sus aterrorizados ojos en el agua y en sus aparentemente inofensivas criaturas azules. Algo les decía que aquello era la muerte.

—¿Qué…, qué pretendes hacer ahora? —jadeó Vivian.

La otra mujer no respondió. Se limitó a arrojar, súbitamente, a los dos *hamsters* dentro de la pileta. Se quedó quieta, contemplando la escena. Vivian, que no entendía nada, también, de repente, sintió una extraña y horrible fascinación por lo que sucedía ante sus desorbitados ojos.

¡Apenas los dos infelices roedores se sumergieron en el agua tibia, el banco de peces azules se precipitó como al unísono sobre ellos, envolviéndoles en una nube de burbujas, como si el agua hirviera de súbito!

Los cuerpecillos peludos se agitaban desesperadamente, atacados de forma voraz por la masa de peces, que pronto dejó el agua teñida de rojo, y los cuerpos de los ratoncillos convertidos en dos diminutos esqueletos, a la vista de la horrorizada Vivian Davies.

El hecho no había tardado en producirse ni cincuenta segundos.

—¡Dios mío…! —Tembló Vivian, demudada—. Esos peces…

—Nunca los habrás visto más voraces ni terribles —rió la mujer llamada Shirley—. Son la muerte, Vivian… ¡La muerte más rápida y espantosa que pueda imaginarse!

—Entonces… Hailey… Stella…

—Sí. Las dos murieron como esos dos roedores, Vivian. Del mismo modo. Pero duraron más. Eran seres humanos, tenían más corpulencia, más carne a devorar… De todos modos, ellos son rápidos. E insaciables. Jamás dejan un solo jirón de carne unida al hueso…

—Qué horror… ¿Por qué todo esto, Shirley? ¿Por qué? Es…, es monstruoso… Esos peces… ¿de dónde salieron…?

—Vienen de lejos. De muy lejos, querida —rió Shirley glacialmente—. Han venido exclusivamente para cumplir una misión… Y la están cumpliendo. ¿Sabes su nombre? Sí, posiblemente habrás oído hablar de ellos, aunque nunca los hayas visto… Son pirañas. ¡Pirañas, Vivian! Peces tropicales capaces de devorar hasta una res en escasos minutos… ¡Imagina lo que harán con el cuerpo humano cuando tengan hambre, como ahora…! Porque esos *hamsters*, para su feroz glotonería, no son más allá de un leve aperitivo que habrá excitado, incluso todavía más, su apetito…

—Shirley, por el amor de Dios, ¿a qué me has traído aquí? ¿Qué pretendes? —Se erizaron los cabellos de Vivian, cuando imaginó la respuesta.

La otra sonreía. Era una rara sonrisa tirante, que formaba un rictus extraño en el que era sin duda un bello rostro, a pesar de la crueldad y el odio que se desprendían de sus palabras, del destello de sus ojos, de su apariencia toda.

De repente, la llamada Shirley aferró sus cabellos oscuros con una mano y tiró hacia adelante de ellos, como quien se despoja de una peluca.

—Mira esto, Vivian —silabeó—. ¡Es lo último que verás en este mundo! Y os lo debo a vosotras. Porque nunca, nunca me hubiera sucedido esto de haber triunfado como vosotras, de haberme quedado en Hollywood, ante las cámaras, como era mi idea, mi único sueño de entonces… ¡Un sueño roto como mi propia vida! ¡Mira mi rostro ahora, Vivian!

Y lo que parecía ser una peluca, fue ahora algo más que eso. Con los cabellos, se despegó del rostro una especie de delgada máscara plástica, delgada como una piel, tersa como la cera… Una máscara perfecta, el rostro de una mujer hermosa, reproducido con fidelidad

pasmosa de rasgos…

¡Debajo, un rostro de pesadilla surgió ante los ojos aterrorizados de Vivian Davies, mostrándole el horror escondido bajo la máscara!

Un alarido de espanto, de incredulidad, brotó de los labios crispados de Vivian. Luego, quiso retroceder, luchar, intentar evadirse de aquel mundo delirante que le rodeaba.

Fue imposible para ella.

Las manos enguantadas del hombre de la máscara de calavera la empujaron violentamente hacia la cisterna. Fue un empellón brusco y poderoso. El cuerpo de Vivian cayó hacia adelante. Se hundió en el recipiente de agua templada.

Su largo alarido quedó ahogado por el agua, mientras se sumergía, sus manos atadas a la espalda, sin posibilidad de hacer nada por defenderse.

Pero de cualquier modo, aquel grito de terror se hubiera ahogado del mismo modo en la sangre y la agonía, cuando cientos de pirañas voraces se precipitaron sobre aquel cuerpo, acribillándolo con sus terroríficos dientes.

Hubo un momento en que emergió del agua el rostro de Vivian, en su lucha feroz contra las voraces criaturas fluviales. Pero ya sus ojos no revelaban el terror y agonía en que se debatía su ser, por la sencilla razón de que… no tenía ojos.

En su lugar, dos pirañas se debatían, mordisqueando en sus cuencas vaciadas, sangrantes, engullendo sus globos oculares…

CAPÍTULO VI

(DEL REPORTAJE DE MARK SHELDON IV).

El capitán Harris suspiró, dejando caer la tela sobre el resto humano.

El empleado de la Morgue de Los Ángeles se limitó a cerrar el macabro cajón con seco chasquido. Aun él, tan acostumbrado a manipular cadáveres en mejor o peor estado, parecía sobrecogido por aquella nueva experiencia.

—¿Es ella? —indagué, casi inútilmente.

—Sí —afirmó despacio—. Vivian Davies. No hay duda alguna.

—¿Pudieron identificarla?

—Tenía dos muelas recién empastadas —me explicó, camino de la salida—. Poseo el informe de su dentista. Coinciden exactamente. Además, los jirones son de ropas suyas. Y su cabello coincide en el examen de laboratorio. No hay la menor posibilidad de error. Ya dimos con la mujer desaparecida… sólo veinticuatro horas después de su llamada y de su posterior desaparición, Sheldon. Todo un récord.

—¿Quiere decir que alguien quiso que fuese realmente hallada? —sugerí, pensativo, mientras salíamos a la luz, dejando atrás la lívida atmósfera de la Morgue.

—Algo así. Hubo una llamada anónima. El esqueleto estaba en un embarcadero de Redondo Beach. Era como si el mar lo hubiera arrojado a la costa. Pero no era así. El examen pericial es concreto. Sólo le tocó el agua salada *después* de ser descarnado en agua dulce.

—Las pirañas otra vez…

—Sí, malditas sean… Las pirañas. Un arma mortal, digna de un demente, de un desequilibrado.

—Yo diría algo más, capitán: digna de alguien capaz de dominar

a las pirañas —sugerí.

—¿Dominarlas? —Dudó él, escéptico, parándose bruscamente en la acera—. ¿Cómo? Los expertos en pesca fluvial dicen que…

—Olvide lo que dicen los expertos, capitán. Recuerde lo que le he referido del profesor Maldonado, en Brasil.

—¡Oh! Esa historia de que había alguien que había descubierto algo raro en el comportamiento de las pirañas en el Amazonas… La posibilidad de que actuaran inteligentemente, comunicándose entre sí, poniéndose de acuerdo… ¿No cree que todo ello no era sino la suposición de alguien? Ni siquiera tenemos al profesor Maldonado con vida, para relatarnos lo que realmente sucedía con esos peces…

—No. Y eso es lo peor. El propio profesor, acompañado de una secretaria mestiza, muy bonita por cierto, se aventuró en el interior de las selvas brasileñas. Nunca volvió. Ni se supo nada del misterioso «S» que estableciera contacto con él. Traté poco a Maldonado, pero lo juzgué un hombre muy inteligente y sensato. Si realmente había algo absurdo en aquello, no se hubiera lanzado a tal aventura. Estoy completamente seguro de que había algo…

—¿Y qué relación puede tener con todo esto, Sheldon?

—Un factor fundamental: las pirañas. Hace un año que ocurrió eso. El profesor desapareció en la jungla amazónica. Y, ahora, aparecen pirañas en los Estados Unidos. Por primera vez, además.

—¿Cree en una simple emigración de las pirañas? ¿Un acto *premeditado* por parte de esos malditos peces?

—No, no creo que llegue a tanto. Tenemos los mensajes, las sentencias de muerte para Hailey, Stella y Vivian. Tres mujeres hermosas. Muertas las tres. Devoradas por las pirañas en una piscina, en un estanque, o en otra parte que no sabemos. Fueron tres asesinatos, no hay duda. Por lo tanto, alguien maneja las pirañas a su antojo, capitán. Se habla de una venganza, de un terror acuático y todo eso. Y se nos invita a recoger el esqueleto de Vivian Davies, para que sea identificado oportunamente. ¿Por qué?

—Sí, ¿por qué? —Me miró fijamente el policía—. ¿Usted qué explicación daría al comportamiento del supuesto asesino, amo y señor de las pirañas?

—Una muy simple: quiere que todos sepan que las sentenciadas murieron. Quiere que se sepa que fueron amenazadas de muerte. Y quiere que sepan que existe una idea de venganza.

—Estamos de acuerdo. ¿Motivo, Sheldon?

—Aterrorizar a alguien. Hacerle temer por su vida. Es un modo de iniciar su refinada tortura moral. Una tortura que acabará físicamente en el fondo del agua, con un banco de pirañas devorando a la persona elegida…

—Demencial —resopló, pasándose una mano por el rostro—. ¿Y todo eso… por qué?

—Exacto —asentí—. ¿Por qué? Me temo que la respuesta la tiene alguien. Posiblemente, dos mujeres.

—¿Usted supone que…?

—Que Melissa Hunter y Karin Taylor saben algo. Es más, creo que ellas también están sentenciadas a morir. Es demasiado casual que tres de esas cinco mujeres hayan seguido la misma suerte, para no sospechar que las otras dos corren el mismo peligro… y lo saben.

—Pero nada han denunciado aún. Nada han dicho. Y aunque no hayan sido amenazadas aún, deben sospechar, deben temer…

—Sospechan, capitán, estoy seguro. Y temen. Deben de estar aterrorizadas. Pero no se atreven. No se atreven a hablar de algo que sucedió una vez. Algo que ha provocado esta espantosa venganza…

—Hablaré con ellas inmediatamente —farfulló, resueltamente.

—Hágalo. Pero quizá no saque nada en limpio —suspiré—. Yo voy a seguir otro camino menos directo, pero posiblemente más seguro, capitán. No soy policía; sin embargo, tengo mis propios métodos para buscar un reportaje sensacional…

—¿Qué pretende hacer? ¿A quién va a recurrir usted para saber algo?

—A una persona que se relaciona muy directamente con las cinco mujeres. Quizá no sepa nada de las pirañas, ni de cómo llegaron aquí. Ni siquiera de algo que haya provocado una sangrienta venganza, pero… sí sabrá decirme algo de las cinco mujeres. Algo que, tal vez, me lleve hasta ellas. Y hasta lo que ellas ocultan.

—Muy bien —aprobó Harris, para mi sorpresa—. No es usted policía, pero razona bien. Me cae simpático y creo que tiene buenas ideas. Le permito que investigue por su cuenta, siempre que no me oculte nada y colabore con nosotros. Piense que el asunto es demasiado serio para jugar a los detectives.

—Lo sé, capitán. Le diré todo cuanto sea de interés y que pueda conducir a un resultado positivo en sus pesquisas, no lo dude, Yo me conformo con mi propio reportaje.

—Adelante, pues. Yo veré a esas chicas. Usted…, usted ¿a quién piensa ver?

—A Iván Goldman, el productor —contesté.

* * *

—De modo que es eso…

—Sí, Goldman —afirmé—. Es eso lo que me ha traído a verle.

—Entiendo —paseó por el suntuoso despacho que tenía en el edificio de oficinas de la Continental-TV—. En otra ocasión, Sheldon, su visita me hubiera llenado de satisfacción. La publicidad gratuita que proporciona la Prensa con sus reportajes, tiene un valor inestimable para un productor. Pero en estas circunstancias…

—Lo comprendo muy bien. Imagino que sus planes de trabajo se habrán desmoronado…

—Poco menos. He perdido a tres de mis protagonistas —encajó con ira las mandíbulas—. ¡Un loco se ha propuesto arruinarme, y lo va a conseguir! Pero eso, con ser grave, no lo es tanto como el hecho de que la pobre Hailey… y las demás chicas…

—Sí. Lo de Hailey, particularmente, debió ser muy duro para usted, Goldman —asentí—. No me gusta hurgar heridas recientes, créame, pero… ¿es posible que ella no tuviera enemigos?

—Ninguno, que yo sepa.

—¿Ni sus amigas y compañeras tampoco?

—Eso, no lo sé. Pero ninguna pareció nunca tener miedo de nadie, ni me revelaron inquietudes de ningún tipo. Sólo ahora he oído mencionar esa ridícula palabra: venganza…

—Pues, evidentemente, existe esa venganza, o el asesino se ha equivocado de víctimas, cosa que no creo en absoluto. El dueño de esas pirañas parece saber muy bien lo que busca y a quién busca.

—Sí, pienso como usted, Sheldon, pero… —Se pasó una mano nerviosa por la frente—. Pero todo esto sigue sin tener sentido alguno, compréndalo. Hailey no tenía secretos para mí. Me hubiera dicho algo… No creo que recibiera amenaza alguna. Y tampoco creo que me ocultara algo capaz de desencadenar ese horror.

—Tal vez ellas lo habían olvidado ya, fuese lo que fuere.

Goldman, usted que contrató a esas cinco chicas para hacer su serie de televisión, ¿podría explicarme algo?

—Claro. Si es algo que yo conozco, lo que quiera. Es posible que la serie pueda ser continuada con otras intérpretes, pero nunca dejaré de hacer todo cuanto esté en mi mano porque el culpable o culpables de lo sucedido paguen todo el mal cometido hasta ahora.

—Goldman, ¿por qué contrató precisamente a Hailey Stoddard, Melissa Hunter, Karin Taylor, Vivian Davies y Stella Conrad?

—Bueno, eran muchachas de las más bellas y llamativas de Hollywood. Al proyectar esa nueva serie con cinco audaces chicas como heroínas, era cuestión de buscar a las más atractivas en físico, sin preocuparse demasiado por su arte de interpretación. Yo no buscaba un Emy para ninguna de ellas (*Los premios Emy, de la televisión americana; equivalen a los Oscar cinematográficos, y acostumbran a premiar producciones e intérpretes nacionales y extranjeros*), sino, simplemente, un buen negocio. Así son estas cosas de la televisión, usted lo sabe.

—Claro. De modo que la única razón de que eligiera y las cinco chicas *precisamente* fue sólo ésa: que eran las más bonitas, las de mejor tipo. Y nada más.

—Pues…, sí. Nada más.

—¿Cuánto tiempo hace que comenzó el proyecto de rodaje de la película piloto y el resto de su serie, Goldman?

—Pues…, pues aproximadamente diez meses. Sí, poco más o menos. Desde luego, aún no se ha cumplido el año, desde que filmamos el programa piloto, que se exhibió enseguida, alcanzando un gran éxito comercial. ¿Por qué lo pregunta?

—Por nada. Pero diez meses es muy poco tiempo. Las pirañas comenzaron a mostrar señales de anormalidad, en cierta zona del Brasil, hace poco más o menos un año, quizá algunos meses más.

—¿Adónde quiere ir a parar, Sheldon? —se extrañó el productor.

—A esto: quienquiera que deseaba vengarse de ellas, importó desde Brasil cierta especie de pirañas, evolucionadas de alguna forma especial, para manipularlas a su antojo. Eso, no hubiera dado tiempo, si esas cinco chicas hubiesen cometido algo malo durante su labor conjunta con su programa, Goldman. Por tanto, hemos de suponer que lo que fuese ocurrió *antes* de iniciar su producción.

—Y si así fuese…, ¿qué tendría que ver mi serie en todo ello?

—Nada. Y ahí está lo raro. Si su serie no tiene nada que ver, ¿por qué las cinco intérpretes de esas películas, *precisamente ellas*, han hecho algo malo a alguien?

—No puede estar seguro de eso. Sólo tres de ellas han sido…

—Conforme. Sólo tres…, de momento —acepté—. Es una mayoría demasiado amplia para resultar casual. Ojalá me equivoque, pero creo que las otras dos también peligran en este momento, y ellas lo saben. Goldman, ¿usted, personalmente, las contrató para su programa de televisión?

—Bueno, estas cosas se hacen de otro modo, Sheldon. En cierto modo las elegí porque di mi visto bueno personal. Pero quienes se ocupan de tales cosas son nuestros agentes artísticos; nuestros jefes de producción y todo eso.

—Ya —le miré, dominando mi excitación—. En este caso concreto, ¿quién le facilitó los nombres, fotografías y datos de las cinco chicas?

—Naturalmente, mi jefe de producción —Goldman me contemplaba como si yo estuviera loco—. Pero él las obtuvo directamente del agente artístico Monroe Robinson.

—Monroe Robinson… Eso ya empieza a concretarse. Goldman, ¿era él su representante, tal vez?

—Acostumbran a serlo de varios artistas, a quienes contratan a comisión. Es como funciona este negocio. Yo vi las cinco fichas, las fotografías y datos, y acepté.

Era sólo una prueba, un programa piloto. Y resultó excelente. Ahora…, ahora no sé lo que haré.

—Yo sí lo sé —dije escuetamente—. Voy a ver a Monroe Robinson.

* * *

Tenía sus oficinas en Wilshire Bulevard, en Los Ángeles City.

Eso ya daba a entender claramente que no era uno de esos oscuros agentes de artistas de segunda o tercera fila, sino un profesional bien situado en su ambiente. Yo había conocido a oscuros representantes que ocupaban miserables despachos en las callejuelas más humildes, pero Monroe Robinson no era de ésos, ciertamente.

Un momento después estaba en presencia del propio Robinson, tras ser anunciado por una secretaria. Él me miró, dando vueltas a mi tarjeta de visita entre sus dedos, cortos y macizos, salpicados de vello. Era un hombre recio, chaparro, de pelo negro y abundante, cejas hirsutas y boca grande, de la que pendía un cigarro habano.

—Usted dirá, señor… Sheldon —se inclinó levemente ante mí—. Pero sea breve, se lo ruego. Tengo mucho trabajo y, aunque soy buen amigo de la Prensa, porque ella conviene a mis asuntos, no puedo concederle mucho más de cinco minutos.

—Puede que sobre con eso —sonreí—. Señor Robinson, vamos al grano, pues: ¿no está usted asustado?

—¿Asustado? —Le vi mirarme boquiabierto, casi a punto de perder su puro. Instintivamente, había retrocedido un paso, como un boxeador golpeado por sorpresa. Sus ojos brillaron un momento, para volver casi enseguida a su inexpresividad anterior—. Temo no entenderle bien, señor Sheldon… ¿Se empiezan ahora así las entrevistas?

—Cuando las pirañas han devorado a tres de sus artistas representadas, puede ser un buen principio, señor Robinson —dije secamente.

Otra vez acusó el golpe. Dio un nuevo paso atrás. Arrugó la tarjeta en su mano, casi sin darse cuenta de ello. Trató de mostrarse compasivo.

—¡Oh, eso…! Pobres muchachas. Ha sido algo horrible. Jamás había sucedido antes nada parecido, por supuesto. Pero yo imagino que algún loco anda suelto por Hollywood, y está atacando a las más hermosas y populares artistas. Es algo que ocurre a veces. Existen locos de muchas clases…

—Es posible que sea un loco. El asunto es demencial, señor Robinson. Pero la policía y nosotros, los periodistas, pensamos que hay algo más. Algo que usted debe saber.

—¿Yo? ¿Qué pretende decirme con eso? No tengo la menor idea de lo que sucede, por supuesto…

—Tal vez. Pero sí tendrá idea de las razones que tuvo para ofrecerle las cinco chicas a Iván Goldman, para su serie de televisión.

—Eso es simple. Él me pidió cinco bellezas… y yo se las proporcioné. Es mi trabajo.

—Lo sé. Pero pudo elegir otras chicas. Chicas de quien nadie tuviera motivo para vengarse, pongamos por caso.

—¿Vengarse? ¿Qué diablos sé yo sobre venganzas? Eran mis cinco representadas más atractivas… y resolví ofrecérselas a Goldman. La prueba de que mi elección era buena, es que él aceptó enseguida…

—Desde luego. Eran muy bellas. Usted sabía que no habría dificultad en eso. Pero también sabía algo más, señor Robinson. Eligió a cinco muchachas determinadas, sin saber que más tarde sucedería algo que demostraría que su elección no fue casual ni por azar, sino bien meditada de antemano. ¿Qué trataba usted de esconder o de agradecer, cuando dio a esas cinco jóvenes casi desconocidas la mejor oportunidad de su vida…, pero, al mismo tiempo, las sentenció a muerte de modo inapelable?

Le temblaron los labios gruesos. Mordisqueó el puro. Su mano ruda señaló la puerta, airadamente.

—¡Señor Sheldon, salga inmediatamente de este despacho! —Silabeó, con voz temblorosa por la ira—. Ya he soportado lo suficiente. Su visita me resulta poco grata y su lenguaje totalmente incorrecto. Me niego a contestarle a cuestión alguna. Buenos días.

—Señor Robinson, tendrá que responder a la policía, no a mí —amenacé—. Sé que oculta algo. Algo que le obligó a ayudar a esas chicas…

—¡Fuera, inmediatamente! —rugió el agente artístico, enfurecido.

Pude haberle desobedecido, pero no quise. Me marché dócilmente de allí. Después de todo, había obtenido lo que quería, pese a sus modales y a su hermetismo instintivo para cubrirse de todo posible riesgo.

Ahora estaba seguro. Monroe Robinson sabía de qué estaba yo hablando. Y no eligió a las cinco chicas. Se limitó a ofrecerlas, porque tenía que hacerlo. Él no iba a darme los motivos. Ni tampoco a la policía. Y no se le podría arrestar por eso.

Pero indagar en el pasado de un hombre como Monroe Robinson puede ser más sencillo de lo que el propio interesado imaginarla. Sobre todo, cuando se tienen buenas amistades en un lugar como Hollywood.

* * *

—Sí, así es, Saddie. Tu amigo tiene razón. Monroe Robinson tuvo un feo asunto, hace ya más de dos años, en su finca de Golden Cottage…

Miré, excitado, al hombre larguirucho que hablaba con nosotros en los estudios Continental-TV. Era un tipo con aire de vagabundo distraído, pero en realidad era uno de los más sagaces detectives privados de la ciudad. Su amistad con Saddie Lane me había sido muy útil en esta ocasión.

—¿Qué clase de asunto fue ése? —quise saber, vivamente interesado.

El hombre se encogió de hombros. Su explicación fue breve:

—Monroe Robinson acostumbraba celebrar fiestas en su finca. Invitaba a chicas, a todas las chicas bonitas a quienes él representaba luego. En el fondo, es un sucio sátiro, dispuesto a sacar tajada de todo lo que eso le proporciona.

—Lo sé —afirmó Saddie—. Cuando yo pretendía ser alguien en el mundo del espectáculo, me hizo insinuaciones muy poco edificantes. Pero ya lo había olvidado. ¿Qué pasó en su finca?

—Fue en una de esas fiestas. Parece que bebieron. Y hasta se drogaron, según parece, si bien nadie presentó jamás denuncia alguna contra Monroe. Lo cierto es que una de las chicas parece que sufrió un accidente mortal en la piscina…

—La piscina… —Di un respingo—. El terror acuático… Siga, por favor.

—Fue un simple accidente, al menos oficialmente. La muchacha sufrió una terrible descarga eléctrica por culpa de un cable roto que hizo contacto con el agua. Ésta amplió la potencia de la descarga, matando en el acto a la muchacha. Hubo algún policía que quiso investigar el asunto, poco convencido por los hechos, y porque la autopsia reveló que la muchacha muerta no sólo estaba drogada con LSD cuando murió, sino que parecía haber sido… er… ultrajada recientemente, acaso en aquella misma fiesta.

—Ya. ¿Sabe el nombre de la chica?

—Lucy Morales. Portorriqueña. Usted sabe cómo son las cosas aquí. Siendo portorriqueña, a lo mejor no la hubieran hecho demasiado caso. Ni a ella, ni a su hermana…

—¿Hermana? —Me sentí más alterado todavía—. ¿Había una hermana?

—Shirley Morales. También de Puerto Rico. Ambas muy bellas. Creo que quiso denunciar algo, pero la silenciaron. Hubo soborno a algún policía, imagino. Y la chica no sacó nada en limpio del asunto. Su hermana murió en la piscina. El asunto se enterró. Había, entonces, un comisionado muy amigo de Robinson, y le echó tierra encima. Cosas que pasan.

—Sí, entiendo. Y la hermana, Shirley Morales… ¿Sabe lo que ha sido de ella?

—Investigué eso, al decirme Saddie que indagara el asunto Robinson. No hay nada de ella en ninguna parte. Se fue. Posiblemente fuera de la ciudad y de California. Se esfumó sin dejar señal de su paradero actual. Eso es todo…

—Y supongo que en la fiesta… estaban las cinco chicas de *Bellezas en acción*…

—Las cinco —me confirmó, gravemente, el detective privado—. Ellas cinco… y las dos hermanas Morales. Eran las que se hallaban esa noche en Golden Cottage, señor Sheldon…

CAPÍTULO VII

MISTERIO AMAZÓNICO

El capitán Harris contempló largamente, en silencio, a Melissa Hunter.

La bella pelirroja estaba sollozando ahogadamente. Sus nervios, súbitamente, se habían roto. Su resistencia se había desmoronado.

—Es horrible… —sollozó, con el rostro tapado por sus manos—. Realmente horrible…

—Serénese —pidió el policía—. La señorita Taylor está bien protegida ahora. Varios agentes míos rodean su domicilio. Hay dos policías en su casa, uno de ellos una matrona de la policía. No puede ocurrirle nada, pese a que también ha recibido el mensaje de muerte. Ella no quería confesarlo, pero al final lo conseguí, cuando le mencioné lo que me había referido por teléfono mi buen amigo, el periodista Mark Sheldon. Y veo que es un impacto para todas ustedes, señorita Hunter. También usted ha reaccionado al saberlo…

—Debí hablar antes… —susurró Melissa—. Mucho antes, capitán…

—Ciertamente. Todas debieron hablar, y esto no hubiera sucedido. Ahora sabemos que sí existe una venganza. Que ustedes estaban presentes en una especie de orgía nocturna, montada para placer exclusivo del señor Monroe Robinson… Siga. Refiérame los hechos, todo cuanto usted recuerde. Puede sernos muy útil. Tanto para inculpar al señor Robinson de cualquier delito que cometiera entonces, y por el que han pagado ya tres compañeras de ustedes, como para salvarlas de todo peligro a usted y a Karin Taylor.

—Pero…, pero eso arruinará nuestras carreras, capitán —gimió Melissa, con el rostro surcado por las lágrimas—. Y nos puede llevar

a la cárcel…

—Le prometo hacer cuanto esté en mi mano por ayudarlas. Si hablan, todo será mejor. Si no fueron culpables directas de nada, no tienen por qué temer. Piense que es mucho peor ir a morir en las fauces de las pirañas cualquier día…

—¡Dios mío, no, eso no…! —Cerró sus ojos, horrorizada. Sus manos se cerraban, y los puños le temblaban violentamente—. Es verdad, capitán. Vale más hablar… Hablar de una vez, revelarlo todo… Absolutamente todo…

—Sí, por favor, hágalo —se sentó pacientemente Harris junto a ella, puso una mano en su hombro, casi paternalmente—. Hable, señorita Hunter…, y tal vez todo se arregle…

Ella comenzó a hablar, con voz ahogada, insegura, que se fue volviendo más firme:

—Lo cierto es que todas fuimos drogadas esa noche… Con LSD, es cierto. Monroe Robinson nos había prometido el triunfo fácil en el cine. Le creímos. Aceptamos sus caprichos, porque en esta ciudad, quien no acepta la tiranía de su protector de turno no tiene nada que hacer. Estaban esas chicas, las Morales… Tan bellas, tan llenas de sensualidad. Eran típicos ejemplos de raza portorriqueña, cálida y exótica… Muy buenas chicas las dos, capitán… No sé cómo sucedió, pero Robinson tuvo que ver algo con la más joven, Lucy… Ella estaba drogada cuando ocurrió. Su hermana lo descubrió. Lucy se rehízo, mientras Shirley golpeaba inútilmente a Robinson, llevada por la ira… Lucy, horrorizada por lo sucedido, corrió al exterior, pisó unos cables de la iluminación nocturna de la terraza, desgarró uno, que cayó al agua, junto con ella…

Cerró los ojos. Respiró hondo. Harris la miraba, callado.

—Fue horrible… Gritó, gritó y gritó mientras nosotras cinco, estúpidamente, reíamos, pensando que el agua estaba fría, o que ella estaba ebria. La droga nos mantenía en un estado de aturdimiento que contribuyó a ello… Lo cierto es que, de repente, un chispazo provocó el apagón y entonces comprendimos lo sucedido. Nos tiramos al agua, pero era tarde. Sacamos a Lucy Morales ya cadáver, ennegrecida, horriblemente desfigurada por las descargas eléctricas producidas en la piscina. Nunca olvidaré los gritos desgarradores de la pobre Shirley, su hermana… Ni tampoco el modo acusador con que nos miró, mientras Robinson telefoneaba

apuradamente a sus influyentes amistades para echar tierra al feo asunto y acallarlo…, como así sucedió.

—De modo que, según eso, solamente puede haber alguien capaz de desear, la venganza sobre las que imagina culpables: Shirley Morales, la hermana de la muchacha muerta aquella noche —concluyó el capitán Harris, con un suspiro.

—Sí —asintió amargamente Melissa, alzando su rostro bañado en llanto hacia el policía de Los Ángeles—. Eso es lo que yo pienso, comisario, pero… ¿de qué modo pudo una muchacha como ella… llegar a manejar pirañas como quien lleva consigo un perro o un gato? ¿De qué forma aparecen y desaparecen esos horribles peces, que sólo existen en ríos tropicales?

El capitán Harris se frotó el mentón, poniéndose en pie lentamente. Sacudió luego la cabeza, pesadamente.

—Si lo supiera, señorita Hunter… Estoy tan a oscuras en eso como usted misma… Ahora, por favor, venga conmigo. Tendrá que repetir esa declaración en el Departamento. Y firmarla. No creo que a ustedes les suceda nada… Será Monroe Robinson quien pague caro lo que hizo esa noche… Ahora ya no tiene a sus amigos en puestos de influencia… Quizá por eso tuvo miedo… y les procuró a ustedes cinco una oportunidad de éxito, que las mantuviera siempre en deuda de gratitud para con él. Por eso las ofreció a Iván Goldman, para su serie de televisión…

* * *

Las declaraciones de Melissa Hunter y Karin Taylor ya estaban firmadas. Un coche patrulla partió hacia Wilshire para detener a Monroe Robinson, acusado de orgía, uso de drogas, ultraje a una menor de edad —Lucy Morales tenía sólo diecinueve años al morir en la piscina de Golden Cottage—, y participación en un homicidio por imprudencia, así como posterior ocultamiento de pruebas y falseamiento de los hechos.

—Con suerte, no se librará de una condena por diez años el muy cerdo —gruñó el capitán Harris, tras ver partir a sus hombres al arresto de Robinson—. Ojalá fuese tan fácil dar con Shirley Morales, si es que ella es la persona que maneja los peces mortales…

Estaba meditando sobre ello, cuando entró en su oficina el joven reportero Mark Sheldon. El oficial de policía le contempló,

pensativo.

—¡Hola, Sheldon! —saludó, cordial—. Su ayuda me está resultando inestimable, amigo mío. Gracias a usted, un rufián va a pagar un viejo crimen.

—Me alegra que Robinson pague sus culpas —sonrió el joven Sheldon—. Pero me preocupa más la persona que posee las pirañas.

—¿Shirley Morales?

—Todo hace suponer que es ella, sí.

—Pero ¿cómo diablos llegaría una chica así a manejar pirañas, a traerlas a este país, y todo lo demás? El caso sigue sin tener sentido, Sheldon…

—Quizá tiene más del que suponemos —comentó Mark, pensativo.

—¿Qué quiere decir? —le contempló Harris, pensativo.

—He recibido ciertos informes de Brasil —suspiró Sheldon, hurgando en sus bolsillos.

—¿Informes? ¿De qué?

—De la expedición Maldonado al interior del Amazonas. Y de las investigaciones fluviales y piscícolas desarrolladas, con conocimiento del Gobierno brasileño, en el interior de la zona amazónica, en los últimos años.

—¿Sigue pensando que el caso del profesor Maldonado tiene alguna relación con…, con las pirañas asesinas de Los Ángeles? —dudó Harris, escéptico.

—Digo más, capitán. Ahora no lo pienso. Estoy seguro —manifestó Sheldon con energía—. Y tengo las pruebas de lo que digo… La clave del misterio estaba en el Amazonas, siempre estuve convencido de ello. No podía ser de otro modo. ¿De dónde iban a llegar, si no, las pirañas que acabaron con la vida de esas tres muchachas?

—Bien, ¿y qué es lo que ha comprobado en el Brasil?

—Que había dos hombres investigando, en el Amazonas, la vida de los peces y su comportamiento bajo determinados estímulos. Lo curioso es que uno de ellos ignoraba que las experiencias del otro estaban alterando, en cierto modo, el comportamiento de unos peces con los que no contaban para sus investigaciones: las pirañas.

—Sigo sin entender nada…

—Verá. El mensaje que llevó al profesor Maldonado al interior

del Brasil iba firmado con la letra «S», simplemente. Ello coincide con la identidad de los dos investigadores fluviales, controlados por el Gobierno brasileño, y que también fueron dados por desaparecidos, conjuntamente con el propio profesor Maldonado, por aquellas fechas. Ellos eran los hermanos Helmut y Karl Sontag, alemanes de origen, radicados en Brasil. Uno, investigador de fauna fluvial. El otro…, experto en ultrasonido.

—¿En *qué*?

—Ultrasonido. Se nos pasó esa idea. Y era bien simple. También Helmut Sontag se olvidó del ultrasonido. Lo cierto es que los experimentos de su hermano Karl con determinadas ondas ultrasónicas dispersándose en el agua, provocaron en unos bancos de pirañas, que eran objeto de investigación por parte de Helmut, una reacción especial. En realidad, los peces empezaron a comprender esas ondas, y a guiarse dócilmente por el ultrasonido que, como una orden mental, llegaba a ellos… Las pirañas, así, eran capaces de obedecer cualquier orden, de seguir a quien manejase el aparato emisor de ultrasonido. Sin duda, cuando el profesor Maldonado llegó al lugar de tales experiencias, fue víctima, como los hermanos Sontag, de la acción de las pirañas. En suma: fueron devorados todos por los propios peces cuya vida investigaban.

—Entonces, ¿qué fue de esos peces?

—Un momento aún, capitán. Existe un hecho curioso en el informe que me ha enviado el Gobierno brasileño, a través de nuestra corresponsalía en Río de Janeiro. Una búsqueda por parte de las autoridades les permitió hallar en la zona de investigación de los hermanos Sontag hasta tres esqueletos humanos recientes. Fueron identificados, con pocas posibilidades de error, como los cuerpos de los Sontag y del profesor Maldonado. Nada, sin embargo, confirmó que hubiese muerto el ayudante personal de los hermanos Sontag, un brasileño fuerte y arrogante, llamado Leáo de Souza, que ayudaba a Karl con el ultrasonido… y a Helmut con sus pirañas. En suma, un hombre capaz de dominar ambas cosas a la vez con cierta facilidad, siempre que llevara consigo el emisor de ultrasonido… y las pirañas, naturalmente.

—¿Cómo pudo trasladar esas pirañas a los Estados Unidos, si es que fue él la persona portadora de la carga de peces asesinos? —dudó Harris.

—Una cisterna, quizá. Una embarcación, un yate por ejemplo, hasta las costas… Ahora he comprobado que en el golfo de México, en Nueva Orleáns, hubo una víctima, misteriosa, de la voracidad de ciertos peces no identificados… Eso nos demuestra el camino seguido por las pirañas desde el interior amazónico: el golfo de México, Louisiana… y desde allí, por tierra firme sin duda, hasta California. Quizá en una furgoneta o un camión debidamente acondicionado…

—¿Y por qué ese hombre, Leáo de Souza? ¿Tiene él algo que ver con la venganza de una bella portorriqueña, en Los Angeles? Es para volverse loco, Sheldon…

—Hay alguien de quien aún no le he hablado, capitán Harris… —dijo, lentamente, Mark Sheldon—. Alguien a quien conocí en Santarem, Brasil, el día que visité al profesor Maldonado. El…, él llevaba una bella secretaria, una joven mestiza. O yo pensé que lo era. Hablaba brasileño, y decía llamarse Amanda Lourenzo. Pero una muchacha que aspira a actriz, puede hablar idiomas, puede fingir cualquier cosa con éxito… Su cadáver, su esqueleto, no apareció en el recinto de experimentos de los Sontag. Quizá porque nunca fue víctima de las pirañas. Quizá porque Amanda Lourenzo volvió a los Estados Unidos con Leáo de Souza convertido en su rendido cómplice… PORQUE LA SUPUESTA MESTIZA BRASILEÑA NO ERA OTRA QUE LA STARLETT PORTORRIQUEÑA SHIRLEY MORALES…

CAPÍTULO VIII

(DEL REPORTAJE DE MARK SHELDON V).

—Te felicito, Mark. Ha sido un gran éxito profesional este reportaje tuyo…

—Me hubiera gustado más que fuese un éxito policial. Eso de imaginarme todavía a Shirley y a su cómplice moviéndose por ahí, con una cisterna repleta de pirañas y un aparato de ondas ultrasónicas capaz de ordenar a los peces salir o entrar en determinados recipientes, a su voluntad, me causa un escalofrío inevitable.

—No has podido hacer más. Cuando menos, salvaste las vidas de Melissa Hunter y de Karin Taylor. Están bajo protección policial, se dan batidas por doquier para dar con los culpables y con su siniestra carga… ¿Qué otra cosa podrías hacer tú por los demás?

—Eres muy amable, Saddie —admití, con una leve sonrisa—. Pero lo cierto es que esto no me gusta. No me gusta nada… Estaría mucho más tranquilo si todo hubiera quedado ya resuelto…

—Sí, yo también. Pero ahora sabemos ya quién, por qué, en qué forma… En suma, todo el gran misterio de este horrible caso que ha costado ya tres vidas…

—De todos modos, podrán felicitarme con más motivo cuando sepamos que Shirley y su cómplice están ya a buen recaudo, y las pirañas destruidas o entregadas a un centro experimental que sepa cómo manejar a esos pequeños monstruos para que su voracidad no cueste más vidas humanas… Ahora, debo volver a la redacción. Tengo todavía trabajo para la publicación de la última parte del reportaje, en una edición especial, que está a punto de ser llevada a máquinas… Te veré más tarde, Saddie.

—Hasta luego, Mark —me despidió ella, dulcemente,

oprimiendo mis manos—. Y te estoy muy agradecida por haber aparecido en tu reportaje. Es la primera vez que, realmente, me hago famosa en Hollywood, a pesar de mis antiguos sueños de esplendor y fama…

Reí de buena gana, le di un suave cachete afectuoso y abandoné su apartamento, encaminándome al exterior. Tomé mi automóvil, aparcado cerca, y arranqué a buena marcha, para regresar al periódico con los últimos datos y fotografías para mi sección de actualidad, ahora totalmente ocupada por el sensacionalismo del llamado «Misterio del terror amazónico», como algunos periodistas habían dado en llamar, a última hora, el caso de las pirañas asesinas de California.

Aceleré tanto, que casi choco contra una furgoneta verde oscura, de tipo comercial, que doblaba, en esos momentos, la calle. Tuve que virar, para no chocar de frente contra el vehículo conducido por el hombre fornido y moreno, que me dirigió una mirada de ira mal reprimida, al rebasarme, en dirección opuesta a la mía.

—¡Uf…! —resoplé—. No hubiera estado bien terminar mi carrera profesional en la Morgue, después de un éxito tan grande…

Y seguí adelante, por entre el tráfico ciudadano, recordando como en una proyección cinematográfica los hechos asombrosos que me habían conducido a la solución final del enigma.

Mi visita al profesor en Brasil, la muerte de Hailey, el mordisco de la piraña en el estanque de Stella Conrad, tras pretender salvarla de la muerte oculta en el agua, en una carrera tan inútil como aquélla en la que también estuve a punto de irme contra una furgoneta y…

La furgoneta.

Fue una repentina y espantosa sensación de vacío en mi estómago, de horror en mi mente. Un escalofrío me agitó violentamente. Sentí un horror súbito, que erizó mis cabellos.

Frené, en seco, con violencia. Varios claxons me llamaron la atención.

—¡La furgoneta verde! —Aullé, lívido, sin duda alguna—. ¡Venía, *también*, aquel día, de casa de Stella Conrad…!

Y ahora… ¿*adónde* iba esa furgoneta?

Recordé algo: Saddie Lane, su fotografía en los periódicos, su papel junto a mí, colaborando en el asunto…

Dios mío…

—¡Shirley Morales! —rugí—. ¡La venganza! ¡Ahora querrá vengarse de ELLA, DE SADDIE, ya que la supondrá culpable de su fracaso final…!

Regresé vertiginosamente a su apartamento, pidiendo a Dios que llegase aún a tiempo, que fuera posible salvar a Saddie Lane del horror viviente que representaba Shirley Morales, enloquecida por el odio… y sus terroríficas pirañas asesinas…

FINAL

(EN TERCERA PERSONA, AL MARGEN DEL REPORTAJE DE MARK SHELDON).

Saddie Lane nunca hubiera abierto aquella puerta a la muerte.

Fue la propia muerte la que la abrió. Pero de una forma que ella no pudo evitar en modo alguno.

Lo cierto es que, súbitamente, percibió el estrépito de vidrios en una ventana trasera de su vivienda. Sobresaltada, corrió en aquella dirección.

Un grito de horror escapó de sus labios al ver al aparecido, con su cráneo de calavera y su alta figura envuelta en el impermeable material negro, brillante. Retrocedió, llena de angustia, golpeando un mueble, derribando una cerámica, que se hizo añicos.

La figura del hombre penetró por la ventana con rapidez. Unas manos enguantadas de negro se cerraron sobre la boca y cuello de Saddie, inmovilizándola, e impidiendo que gritara. Los ojos desorbitados de la muchacha miraron, con pavor, al personaje de pesadilla que penetraba en su domicilio tan inesperadamente.

Él la arrastró hasta el recibidor, y una vez allí soltó el pestillo, giró la llave y franqueó la puerta al segundo personaje.

Saddie, aterrorizada, descubrió a la mujer que aparecía en la puerta, portando consigo algo voluminoso, una especie de gran caja plástica sobre ruedas. Hubiera gritado, de haberle sido posible. Pero la mordaza formada por la mano enguantada en negro, de su asaltante, le impedía emitir sonido alguno.

—¡Hola, querida! —Saludó fríamente la mujer, entrando en el piso—. ¿Sorprendida?

Entró en la vivienda, siempre arrastrando aquel extraño envoltorio plástico, de gran tamaño. Cerró tras de sí. Su rostro era

hermoso, pero carecía totalmente de expresión, como modelado en cera. Solamente sus ojos, oscuros y fulgurantes, emitían un cruel destello de extrañas pasiones, de odios y de rencores inextinguibles…

—De modo que tú has contribuido a que se terminara mi tarea en Hollywood… —comentó, glacialmente, la voz de mujer, sin que ni siquiera sus labios se movieran al modular los sonidos, tal era la inmovilidad facial de la dama—. Bien, Saddie Lane. Vas a pagar tu parte de culpa en ello, como luego la pagará ese amigo tuyo, Mark Sheldon… Su reportaje será su propia muerte… Debí haberlo matado hace tiempo, allá en Brasil, cuando nos encontramos él y yo, pero entonces nada de esto había comenzado… y yo era solamente la secretaria de un hombre de ciencia… El camino de mi destino estaba iniciándose, y yo no podía sospecharlo, Saddie… Me había refugiado en aquella nueva vida, huyendo del horror y la amargura de un pasado monstruoso… En mi pecho anidaba el afán de revancha, el rencor, el odio a quienes tuvieron la culpa de todo…

Estaba manipulando el envoltorio. De uno de sus lados, extrajo algo, una especie de aparato metálico, oscuro, dotado de una serie de mandos y de indicadores luminosos. Parecía un ingenio electrónico. Saddie adivinó fácilmente, en su mudo pavor, lo que significaba aquel mecanismo siniestro.

¡El emisor de ondas de ultrasonido para dirigir y controlar a las pirañas!

Y el resto de la voluminosa caja era, sin duda…

El pánico desorbitó los bellos ojos de Saddie. La idea era demasiado espantosa. Lo que contenía aquella caja sólo podía ser… el resto del mortal instrumento asesino. Las horrendas criaturas que obedecían el ultrasonido…

¡PIRAÑAS!

Las pirañas hambrientas, voraces, en una especie de cisterna portátil… Docenas de ellas. Acaso un centenar de pequeños peces criminales, de monstruos diminutos del Amazonas, prestos al festín de carne humana…

—Llena la bañera —dijo, fríamente, la mujer, a su compañero—. Vamos, Leáo, llena la bañera de agua… Ata y amordaza a la chica. Será un final divertido ver cómo se deshace su cuerpo en pequeños

jirones, delante de nuestros ojos, dentro de una inofensiva bañera hogareña…

Soltó una carcajada demencial, los ojos fulgurantes de un extraño placer morboso, complaciéndose de antemano con el terror sangriento que iba a desatar en su cuarto de baño.

Aquellos monstruos sabían hacer las cosas con rapidez. El hombre enmascarado con faz de calavera amordazó a Saddie sin que ella llegase a ser capaz de pronunciar una sola palabra, de emitir un grito, una voz. Luego, ató sus muñecas y tobillos con cordones de los cortinajes en menos de quince segundos. Finalmente, la despojó a tirones de sus ropas. El cuerpo esbelto y atractivo de Saddie quedó semidesnudo. La mujer de faz inmóvil estudió aquella figura femenina, desde los hermosos senos hasta las bien formadas piernas, de muslos largos y bien moldeados.

—Eres hermosa —dijo fríamente—. No lo serás tanto cuando mis criaturas terminen contigo, Saddie Lane… Tu amado Mark Sheldon no puede sospechar siquiera lo que te acecha. Lo hemos visto por el camino. Se alejaba de ti… Y no sabía que, esta vez, era para siempre… Vamos, Leáo. Cierra ya los grifos. Hay agua suficiente en la bañera…

Saddie forcejeaba, luchaba en vano por no ser arrojada al agua, al recipiente blanco, en cuyo interior serían luego lanzados los insaciables peces azules, los diminutos monstruos voraces del Amazonas…

—Vas a ver algo antes de morir, preciosa —silabeó la mujer—. Tú ya sabes, ahora, quién soy yo, por supuesto. Conoces la historia de un viejo suceso, una noche vergonzosa, una muerte indigna… Unos seres depravados pagaron por ello. No me arrepiento, Saddie Lane. Yo, la mujer a quien tu enamorado periodista conoció como Amanda Lourenzo, la secretaria del profesor Maldonado, pero que, realmente, he sido siempre Shirley Morales, la vengadora…, encontré en el Brasil mi instrumento de venganza y de muerte, es cierto. Lo encontré en una reserva fluvial para pirañas en estudio, también lo sabes… Los Sontag me dieron esa oportunidad sin saberlo… Pirañas… Hermosas, crueles y voraces pirañas… Pero ellos, que me dieron venganza, ellas que me permitieron el ajuste de cuentas… también se cobraron su precio, ¡malditas sean…! Mira, Saddie Lane. ¡Mira lo que voy a mostrarte, para que comprendas,

antes de sentir en tu carne los cuchillos de esos pececillos, antes de empezar a ser devoradas ferozmente por ellos…, lo que son capaces de hacer las pirañas cuando tienen hambre y reciben un festín inesperado! ¡Mira esto, mujer! ¡Mira cara a cara lo que soy…, lo que serás tú misma dentro de unos instantes, antes de ser convertida en puro esqueleto por mis fieles amigos!

E inesperadamente, Shirley Morales se despojó de un tirón de su peluca oscura, de su propio rostro… que se *despegó* como si fuese algo postizo, adherido a su cara, como si la piel se desprendiera, dejando debajo solamente la calavera humana…

No fue una calavera, exactamente, lo que descubrieron los ojos aterrorizados de Saddie, bajo aquella envoltura plástica, artificiosa, bajo aquella perfecta máscara, bella y bien moldeada, que constituía su falsa faz actual, idéntica a la que la Naturaleza le concediera anteriormente…

Lo que Saddie descubrió allí, bajo el plástico y la peluca, fue el horror más escalofriante y enloquecedor que pudo jamás imaginar…

* * *

Carcomidas mejillas, pómulos mostrando su hueso descarnado, ausencia de labios sobre las desnudas encías y la dentadura de calavera en eterna sonrisa congelada y horrible… Ojos rodeados de pieles rugosas, ausentes los párpados sobre aquellos globos oculares de maligno brillo… Una oreja, totalmente desaparecida. La otra, comida a medias…

Por doquier, huellas de mordeduras, de desgarros atroces. Una cara devorada en un setenta por ciento. Convertida en una escalofriante máscara de fealdad suprema. Y el cuero cabelludo, casi totalmente devorado, dejando ver el hueso craneal, salpicado sólo de enfermizos mechones de cabello y piel…

Un monstruo.

Un feo, horrible, estremecedor monstruo de fealdad. Eso era, ahora, Shirley Morales bajo su rostro hermético, inmutable, carente de flexibilidad y expresión, porque el plástico en que fueran reproducidas sus facciones no poseía vida propia alguna, y sólo servía para esconder la fealdad siniestra de aquella mujer convertida en un ente monstruoso.

—¡Sí, mírame bien! —Jadeó aquella visión repugnante y dantesca, acercándose a Saddie que, lívida de náusea y de terror, se agitaba junto a la bañera repleta de agua—. Mira lo que hicieron conmigo aquellas pirañas, cuando caí al río, lo mismo que cayó el profesor Maldonado, a causa de un accidente… Fue ese hombre, Leáo de Souza, quien me salvó la vida, quien me extrajo del río aún a tiempo… A tiempo, si no de salvar mi belleza, sí de salvar mi vida… Y entonces lo juré, Saddie Lane… ¡Entonces juré vengarme de mi triste destino! ¡Juré que aquellos que hicieron de mí un monstruo, un ser desgraciado, caerían uno a uno! Porque si todo hubiera sido como debía de ser… yo sería ahora una actriz en Hollywood; mi belleza de entonces estaría intacta, jamás habría tenido que ir a Brasil, a encontrar tan terrible destino… ¡Ellos destruyeron mi vida y la de aquella pobre criatura inocente… y ellos pagaron por todo!

El rostro demoníaco, descarnado, se agitaba ante Saddie, como un anticipo del horror, como la antesala misma del infernal destino que a ella le esperaba. Shirley, aquella mujer convertida en monstruo de maldad, estaba manipulando la cisterna portátil. Ahora le fue posible ver, en su interior, un recipiente de transparentes paredes plásticas…

Y en su interior, agua. Agua azulada, infestada de pequeñas figurillas veloces, apiñadas, formando una masa densa de tono azul plateado…

Pirañas. Pequeñas y terroríficas pirañas que caerían, hambrientas, en la bañera, para terminar con su vida…

—¡Vamos, Leáo! —Llamó ella, con voz sorda—. ¡Arrójala al agua! Yo…, yo soltaré inmediatamente a las pirañas… Manipula el ultrasonido, querido…

—Sí, amor… —susurró él, con monstruosa docilidad.

Y como un autómata, como un obediente mecanismo de muerte, se dispuso a empujar a Saddie, arrojándola al interior de las aguas de la bañera.

Simultáneamente, Shirley Morales iba a abrir una compuerta en la pequeña cisterna de material plástico. Con el chorro de agua sobre la bañera caerían docenas, acaso cientos, de pequeños peces voraces. El agua herviría en torno al cuerpo de Saddie, cuando ésta comenzara a ser devorada por los diminutos monstruos del agua…

Saddie Lane supo que, ahora, nada ni nadie podrían salvarla ya de su horrible suerte.

* * *

Por fortuna, estuvo en un error.

Sí, había alguien capaz de salvarla. Un hombre que, súbitamente, apareció en la puerta, tras derribar la hoja de madera a empellones violentos.

Un hombre entró. Un hombre dispuesto a todo por librar a Saddie Lane de la peor muerte imaginable. Un hombre llamado Mark Sheldon…

De nada sirvió el esfuerzo de Leáo de Souza, ni la crueldad y el odio de Shirley. Derribó a ambos con sus manos, demoledor como un ciclón. Luego, arrojó lejos el aparato de ultrasonido, aseguró la compuerta de la cisterna repleta de pirañas… y llamó a la policía, mientras confortaba a Saddie…

(FINAL DEL REPORTAJE DE MARK SHELDON)

Sí.

Había llegado a tiempo. Por fortuna, aún era tiempo cuando alcancé el apartamento.

Cuando Saddie Lane, inmovilizada, cautiva, presa del terror, iba a ser sumergida en una bañera repleta de pirañas voraces…

Salvé su vida. Y pude ver el rostro horrible de aquella mujer hermosa, la supuesta mestiza brasileña, Shirley Morales en realidad… Un rostro carcomido por los dientes de las pirañas, allá en el Amazonas, cuando a punto estuvo de perecer, como los demás… y De Souza la salvó.

Desde entonces, su faz deforme, monstruosa, cubierta por una máscara de plástico con su propia imagen anterior, copiada por un experto, de una fotografía de la *starlett*, fue la faz misma del terror.

El terror asesino, surgido del agua…

A veces, todavía hoy en día, Saddie y yo, en nuestro mutuo hogar, lo recordamos con un leve escalofrío.

Y sabemos que aquel terror estuvo a punto de destruirnos a ambos. Y con nosotros, a nuestra felicidad actual.

FIN